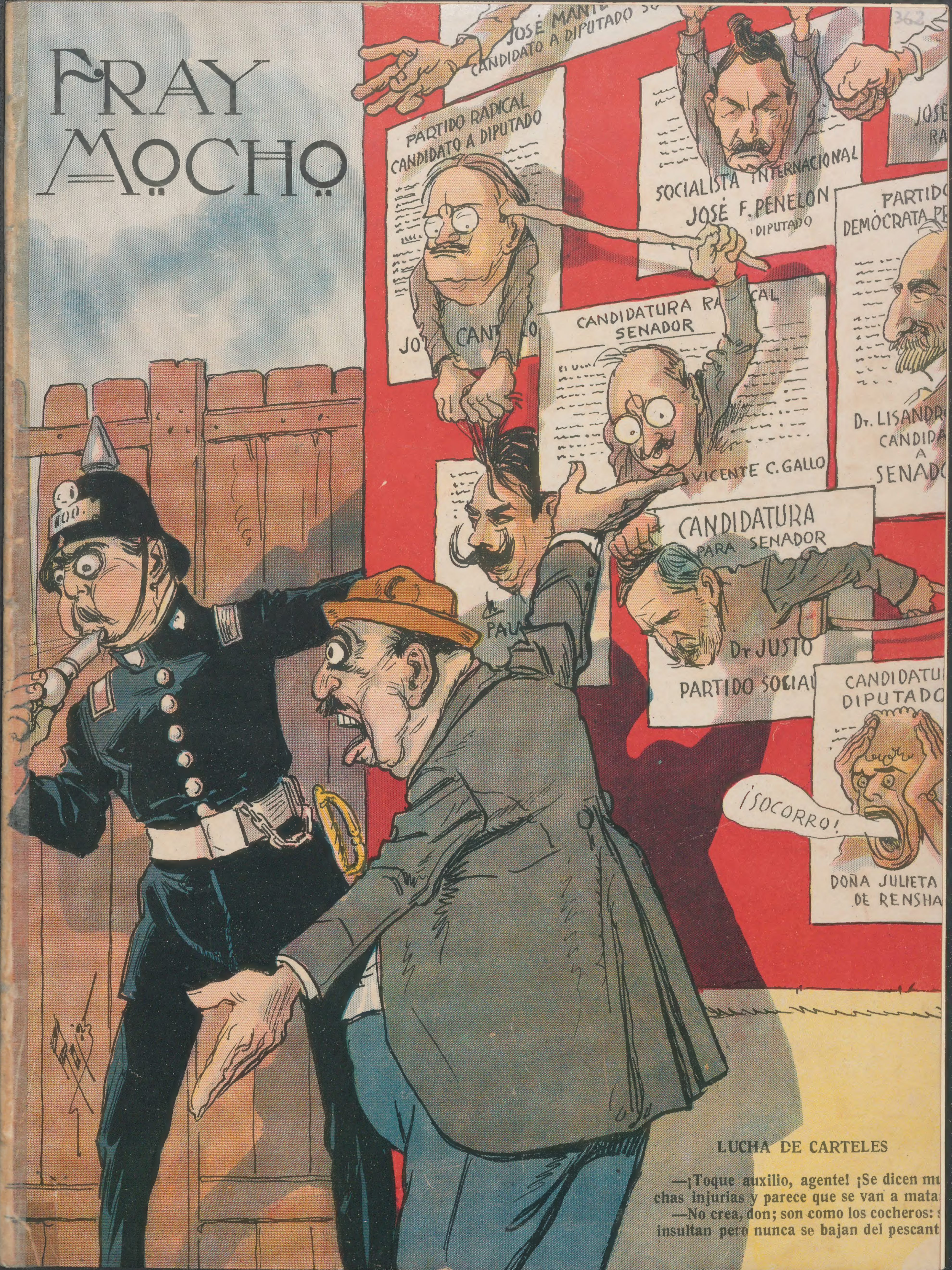


LUCHA DE CARTELES

—¡Toque auxilio, agente! ¡Se dicen mu chas injurias y parece que se van a mata
—No crea, don; son como los cocheros: insultan pero nunca se bajan del pescant

Jabón Curativo Armour



REFRESCA, SUAVIZA
y perfuma el cutis con deliciosa y abundante espuma el excelente

JABÓN CURATIVO

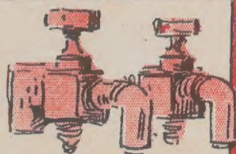
Armour

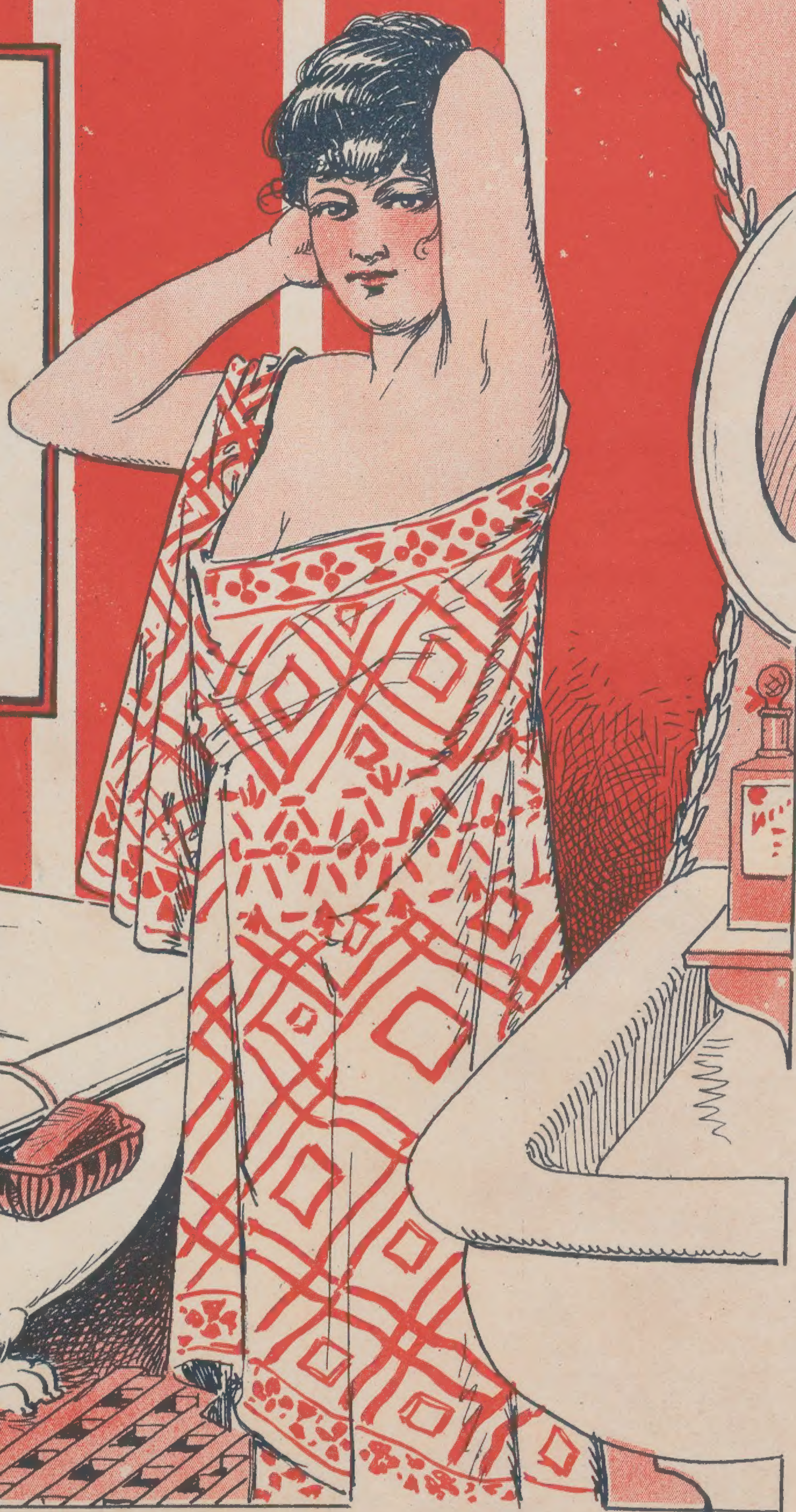
Produce una grata sensación de alivio y bienestar y es por su composición y absoluta pureza

EL MEJOR JABÓN DE TOCADOR

EN VENTA EN TODAS LAS BUENAS FARMACIAS, TIENDAS Y PERFUMERIAS.

Fabricantes:
ARMOUR & Co. (Chicago, Ill. E. U. A.)





REPRESENTANTES:
FRIGORÍFICO ARMOUR DE LA PLATA S. A.
EXPOSICIÓN Y VENTA AL POR MAYOR
660, Avenida de Mayo, 670 — Buenos Aires

FRAY MOCHO

Año VIII | Buenos Aires, 1 de abril de 1919 | Núm. 362

La gran lección de las elecciones

No hay dos opiniones sobre la forma del acto electoral del 23. Sin una sola excepción, todas las mesas se constituyeron normalmente, y, salvo deficiencias de detalle, funcionaron con perfecta regularidad. Los comentarios, pues, no pueden ser más halagüeños, así para la conducta de los ciudadanos, como para el mecanismo de la ley. Queda demostrado, sin discrepancia posible, que este mecanismo, en su misma sencillez, es de un acierto, de una eficacia, de una perfección, como ya los quisiéramos para cualesquiera de las numerosas leyes que a diario deben aplicarse en la república y que, con harto dolor de los interesados, apenas constituyen otra cosa que perennes fuentes de pleitos y de amargas, interminables querellas.

El hecho es altamente curioso en un país que precisamente se caracterizaba, no hace todavía muchos años, por el escándalo de sus malas costumbres electorales. Gran parte de los que el domingo hemos concurrido pacíficamente a los comicios, recordábamos con horror, en el acto de depositar el voto, las escenas inolvidables, por lo sangrientas, de aquellas elecciones de antaño en que los revólveres y las dagas simbolizaban todo el derecho, y el alcohol y el dinero eran las grandes fuerzas de convicción partidista.

Resulta entonces de una evidencia abrumadora que nuestro país no cede a ningún otro en punto a capacidad de comprensión de las leyes acertadas, y que justamente en este acierto reside todo el quid de su aptitud para cumplirlas. Y si se tachara de perogrullesco el razonamiento, piénsese con espanto en los perjuicios incalculables que en materia de leyes irroga el olvido de Perogrullo. ¿A qué otra cosa imputar el desastre económico del país, la persistencia vergonzosa de la huelga portuaria, el anuncio pavoroso de la agraria, las intervenciones a granel, el malestar y la ruina que hoy aplastan a la república, sino a las leyes defectuosas o ausentes, a las pésimas reglamentaciones, a lo inmoral y a lo obtuso de su aplicación?

Tuviéramos ya una buena ley de arbitraje obligatorio, e ignoraríamos las huelgas; dispusiéramos, en el aburrido razonadero constitucional, de una sanción clara y honrada sobre intervenciones a las provincias, negando al P. E. la monstruosidad de sus facultades actuales, ¿y qué restaría del espectáculo que hoy ofrecen La Rioja, o Corrientes, o Catamarca, o cualesquier otro de los estados risiblemente autónomos de nuestro gran país?

Entretanto, es muy satisfactorio poder proclamar que siquiera en un punto estamos a cien codos de este deplorable estado de cosas, y que ese punto, para mayor fortuna, es precisamente aquél de donde deben dimanar todas las grandes reformas que el país anhela en su angustioso afán de perfeccionar sus instituciones y mejorar y hermosear la vida.



Lo que quieren los pueblos.

Don Jorge Mitre

En estos tiempos de hallazgos diplomáticos criollos, de innovaciones tan estupendas en la ciencia de Pufendorff como aquella de la "nueva escuela" de regocijada memoria, y la no menos asombrosa de la "beligerancia" neutralista, o de la neutralidad beligerante, o sea de la actitud de la viuda que no podía vivir sin su marido, pero vuelta a casar declaró que no podía vivir... sola; en estos tiempos, decimos, en que el arte de la cancillería no es precisamente el del Evangelio, ni siquiera el de los manuales de urbanidad, resulta muy halagüeño comprobar la existencia efectiva de una diplomacia independiente que de ningún modo puede confundirse con la oficial.

Dígalo si no la misión desempeñada en Europa y Estados Unidos por el activo e inteligente periodista, cuyo nombre encabeza estas líneas. A tal punto ha sido eficaz la actitud del señor Mitre en las numerosas ocasiones en que tuvo oportunidad de exteriorizar sus sentimientos argentinos en París, Londres, Roma o Nueva York, que una legión de amigos y admiradores, al regresar a la patria, le ha tributado un grande y expresivo homenaje, al que FRAY MOCHO se adhiere con viva complacencia.

La guerra de carteles

Una de las cosas más pintorescas e interesantes de los preliminares de una elección, en todo país civilizado, es la guerra de carteles. El ingenio que se derrocha en la cacería del elector, procurando cautivarlo con mesura, exaltando discretamente las cualidades del candidato propio y deprimiendo con chiste las del adversario, suele ser de tan buena ley, que, sin duda, debe atribuírsele más de un éxito y más de una sorpresa en el veredicto de las urnas. Pero todo lo que tiene de atrayente la frase culta y feliz que va a su finalidad, tiene de antipático y odioso el pasquín difamatorio, indigno de exhibirse en plena calle, y mucho menos so pretexto de propaganda política. Es esta una nota a que no hemos escapado, por desgracia, en la última campaña electoral, no siendo tanto de admirar lo repugnante de la cosa en sí, cuanto la indiferencia con que las autoridades municipales permitieron el hecho.

¿No tenemos en la pajarera de la Avenida un encargado de la censura de carteles? Pues si lo tenemos, cumpla con su deber el respetable funcionario, y si no lo tenemos, ¿para cuándo guarda sus aptitudes pudibundas el señor intendente? Que no se diga que sólo la buena literatura tiene en él un implacable perseguidor.

El plebiscito y la lista proporcional

El entusiasmo, la nerviosidad, todas las gradaciones de la esperanza y de la duda, han agitado la semana entera a los miembros de los partidos. Aun los francamente derrotados, los que, por aislamiento de sus candidaturas o por visible minoría intrínseca, apenas se atribuían desde la víspera una expresión numérica de modestos contornos, se aferraban en el último momento a la idea de un repunte feliz, de un batacazo sensacional y definitivo. Malgrado el descreimiento, todavía sobran clientes del milagro...

Sea como fuere, y aparte de la perfección mecánica de la ley, de que ya tratamos, dos cosas saltan a la vista como consecuencias del escrutinio, una de orden general y otra de orden político inmediato: la urgencia de resolver el problema de la representación de las minorías, y el triunfo de las listas opositoras.

Sobre la primera cuestión no existen, puede decirse, divergencias. El ejemplo de la provincia de Buenos Aires, donde hace tiempo el sistema proporcional se aplica con excelentes resultados, no deja lugar a dudas. Y si así no fuera, las últimas elecciones municipales de la capital que consagraron un concejo deliberante equilibrado y realmente representativo, deben haber arrollado toda prevención. Claro está que el reparo no va precisamente contra el acto del 23, en cuyo reducido número de electos nada influiría la reforma; pero en elecciones mayores, de renovación de la cámara, por las que debe elegirse ocho o diez diputados, el asunto se revela en toda su importancia.

En cuanto al segundo aspecto de la sanción de las urnas... tampoco hay divergencias. Caído Vélez Sarsfield, baluarte de los "plebiscitados", en poder de los herejes, se acabó el mundo... ¡"Ciao", plebiscito!

Hasta el momento de cerrar esta edición los candidatos socialistas se mantenían triunfantes en toda la línea. Gallardamente, el nombre del doctor Lisandro de la Torre campeaba con nutrido número de votos, y aún cuando en tercer término, la voz corriente de sus partidarios aseguraba una franca reacción para cuando se escrutaran las secciones del centro. De todos modos, la oposición quedará dueña del campo, llegándose en el público a afirmar que esto continuará siendo cierto, aún en el caso improbable de una sorpresa radical, pues existen muestras inequívocas de que la gente está harta de plebiscito.

Los grandes descubrimientos del doctor Carrel

El doctor Alexis Carrel nació el 28 de junio de 1872, en Lyon, en donde hizo sus estudios en el externado de San José, antes de hacerse inscribir en la Facultad de medicina y de presentar en ella su tesis de doctor, sobre el bocio canceroso.

Inclinado a la vivisección, el estudiante, ya interno en un hospital, desempeñaba las funciones de prosector. Ya para 1901 había descubierto la sutura de los vasos sanguinos. Pero, desalentado porque se le rechazó en el concurso de cirugía de Lyon, sin que se le hubiese reconocido siquiera admisible, resolvió expatriarse y sin la menor recomendación desembarcó en Nueva York, en mayo de 1904. Afortunadamente, otro cirujano francés establecido en los Estados Unidos, M. de Bertigny, comprendió que se hallaba en presencia de un cerebro poderoso y original; y gracias a ello, el doctor Carrel pudo visitar todos los centros médicos de la América del Norte, antes de fijarse en Chicago, en donde debía ocuparse de la trasplantación de los vasos sanguíneos hasta 1906, época en que Rockefeller le confió la cátedra de cirugía experimental de su instituto.

Desde entonces, Carrel pudo trabajar libremente, orientando sus trabajos hacia la técnica operatoria de las anastomosis vasculares y de la trasplantación de las vísceras. De seguida realizó operaciones que produjeron estupor por su éxito. Una de las primeras consistió en la replantación de la pata de un perro. La pierna del animal había sido seccionada por debajo de la parte media; algunos minutos después, el cirujano emprendió la replantación del miembro. Para esto reunió cabo a cabo las extremidades óseas y volvió a cerrar los vasos, las venas y las arterias. Pronto la circulación interrumpida hacía una hora, reapareció en el miembro replantado y tomó su curso normal.

El método Carrel abrió desde luego el campo a experimentos desconcertantes y cuyos resultados pudieron considerarse un instante como cosas de brujería.

Fué así como el doctor Lessen, de Nueva York, aplicando los principios de Carrel, logró injertar sobre el ojo de un ciego una porción de córnea extraída a un conejo. Después de colocada esta porción sobre el ojo humano, los párpados del ciego fueron cerrados y vendados. Cuarenta y ocho horas después fué retirada la venda e inserta una pequeña lente de cristal entre los párpados y el globo ocular, a fin de impedir que penetrase la menor partícula de polvo en el ojo, que fué dejado en este estado durante seis días. Poco después, la córnea comenzó a readquirir su trasparencia y desapareció la ceguera. La primera impresión de luz fué dolorosa, pero la retina no tardó en hacerse también trasparente y el ciego recobró enteramente la vista.

Sin embargo, mientras Carrel proseguía sus prodigiosas investigaciones, la Francia ignoraba hasta el nombre del primer descubrimiento de uno de sus hijos más gloriosos. Fué necesaria la casualidad de un viaje del profesor Pozzi a Nueva York, en 1908, para que los trabajos del joven sabio fuesen objeto de una importante comunicación a la Academia de Medicina. Pero no fué sino en 1912, cuando le fué conferido el premio Nobel de medicina, que Carrel adquirió alguna celebridad en su país.

Cuando se le remitió el premio Nobel, el presidente del concejo municipal de Nueva York expresó toda la satisfacción de la gran ciudad, por haber dado hospitalidad a la primera eminencia en cirugía de los tiempos presentes. Mr. Taft dijo que una parte de la gloria de los descubrimientos de Carrel reflejaba en los Estados Unidos, en donde se habían realizado.

Las investigaciones y los descubrimientos de Carrel habían, en efecto, producido una verdadera transformación en biología. La vida de los tejidos fuera del organismo, su cultivo y su injerto, había hecho entrever una evolución nueva de la cirugía. Y entre los injertos realizados, uno de los más maravillosos es, ciertamente, el de la sangre. Sábese que las transfusión de ésta se efectúa de la manera siguiente: desnudada y seccionada la arteria radial de quien da su sangre, se recoge ésta en un tubo de plata parafinado en el interior y tallado en pico de flauta de cuatro centímetros de largo: aproximado el enfermo y puesta igualmente al desnudo su vena safena, es seccionada y colocada en contacto con la cánula de plata, de cuyo interior pasa lentamente la sangre del primer organismo al segundo. Naturalmente, esta operación no se practica sin múltiples precauciones, tales como el mantenimiento de la arteria a una temperatura conveniente, por aposición de vaselina caliente, ligadura de las pequeñas arterias colaterales, etc.

En 1914, Carrel se trasladó a Francia para tomar servicio. Se le incorporó como ayudante mayor al Hotel-Dieu, de Lyon, en donde M. Lebureau le confió la más ordinaria tarea. Por fortuna, en noviembre de 1914, un norteamericano, Mr. James Hyde, de paso por Lyon, reconoció a Carrel, y obtuvo permiso para llevarlo a Burdeos, en donde M. Millerand encargó inmediatamente al sabio que se encargase de investigaciones científicas para el tratamiento de las heridas.

Restableciendo las ideas de Lister, que había logrado desinfectar con ácido carbónico fracturas complicadas, Carrel resolvió, para suprimir la infección de las úlceras de los heridos que se le remitían, utilizar la poca costosa solución de hipoclorito de soda, encontrada por el doctor Dakin.

Operados en la ambulancia de Carrel, los enfermos fueron sometidos a irrigación; y tratadas de esta manera las úlceras musculares, se cicatrizaban en el lapso medio de seis a doce días. Las fracturas abiertas de los brazos, entre doce y catorce días; las de los muslos y las piernas, entre quince y veinte. Las consolidaciones posteriores exigirían apenas una inmovilización de cuarenta días.

Desde septiembre de 1915 pudo ser posible suprimir la supuración en los hospitales; pero la resistencia de ciertos pontífices de la profesión médica, hizo rechazar la aplicación del método Carrel, que había salvado la vida y los miembros a millares de heridos.

Ya hoy no acontecerá otro tanto.

NO HAY DISCULPA



—¿Se le ha quemado el asado? ¡Para eso no vale la pena tener un bombero en la cocina!

"Correo de Galicia"

Este viejo órgano hispano que fundara el activo e inteligente periodista, señor José R. Lence, bajo cuya acertada dirección continúa, acaba de entrar en el décimo segundo año de vida periodística, rodeado de todos los prestigios que supo conquistarse durante su actuación, principalmente encaminada a consolidar los lazos de confraternidad hispano-argentina.

Al enviar nuestro afectuoso saludo al estimado colega, en ocasión de tal acontecimiento, formulamos los mejores votos porque el éxito acompañe sus loables y simpáticos propósitos.

"Navegación"

Bajo los mejores auspicios, cumple su primer aniversario esta importante revista, fundada y dirigida por los señores Harny Goldflam y F. J. Villamil.

Festejando el suceso, bebióse una copa de champagne en el Círculo de la Prensa, durante cuyo acto, amigos e invitados felicitaron a los propietarios del colega y expresaron sus deseos en pro de nuevos triunfos que agregar a los ya obtenidos por la mencionada revista, votos a los cuales unimos los nuestros, con la mayor complacencia.

La ley inglesa de los botones

En Inglaterra hubo una época en que todo extranjero que llegaba tenía que ir inmediatamente a casa de un sastre a que le cambiase los botones de la ropa.

Según una ley promulgada en el siglo XVIII toda persona que viviese en Inglaterra y llevase botones de tela debía pagar una multa de cincuenta francos y quitarse aquellos botones, naturalmente.

El autor de una de las más antiguas guías de viajeros "Le Parisien a Londres" avisaba a los visitantes para que tuvieran presente la ley, añadiendo: "Algunas personas motejan de inicua esta orden, pero en mi opinión es justa y acertada, puesto que se arruinan los fabricantes de botones con los cambios bruscos de la moda y los anima a fabricar y a exportar sus mercancías. El extranjero que lleva ropa con botones de tela o paño fabricados en su país no se le multa la primera vez que se halla faltando a la ley, pero debe apresurarse a ponerse los botones exigidos, porque de no hacerlo así se expone a que le encarcelen por reincidente".



SEGUNDA VENTA DE OTOÑO

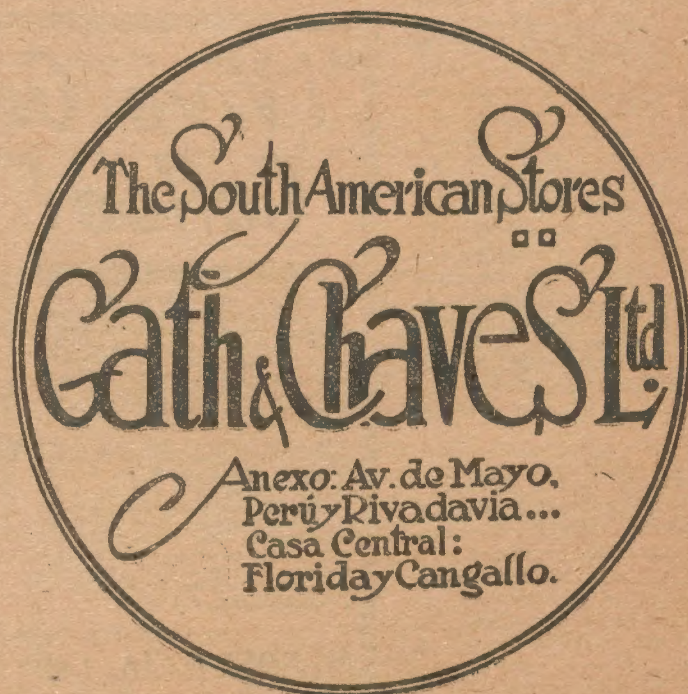
Siguiendo la serie de exposiciones de novedades de Otoño recientemente iniciada GATH & CHAVES ha inaugurado una exhibición especial de

BATONES - "SAUTS DE LIT"
"TEA GOWNS" - BLUSAS
CASACA y BLUSAS-TUNICA

Como el surtido es de una originalidad, belleza y suntuosidad sin precedentes, y la moda actual con el fastuoso resurgimiento de lujo que acusa está magníficamente representada, Gath & Chaves invita a su distinguida clientela femenina a visitar esta exposición, que es en realidad, un verdadero torneo de elegancias y buen gusto.

ANEXO:

AVENIDA DE MAYO, PERÚ y RIVADAVIA



PUCHITOS

No hay creencias más aceptada que la de que la gente del campo es mucho más sana que la de la ciudad. Sin embargo las estadísticas de la reciente conscripción norteamericana demuestran que de los jóvenes sometidos a examen médico fueron exceptuados del servicio militar el 28.47 por ciento de los procedentes de las grandes ciudades y el 27.96 por ciento de los procedentes del campo o de las pequeñas poblaciones rurales; como la diferencia es insignificante, se puede admitir que es igual el número de exceptuados del campo y el de los exceptuados de la ciudad. Verdad que la vida en el campo es menos agitada y el aire más puro; pero en la ciudad, a pesar de sus desventajas higiénicas, se dispone de muchas comodidades y distracciones que, sin duda, contribuyen a conservar la salud en el mismo nivel que el de las condiciones del campo.

———

Así como en la raza humana ocurre con mucha frecuencia el caso de un niño que nace con los rasgos físicos, no de sus padres, sino de sus abuelos o bisabuelos, entre las plantas se produce también esta reaparición de características hereditarias remotas. Ultimamente se ha registrado uno de estos casos ya observado muchas veces: se trata de un limonero, procedente de Italia, que trasplantado en Egipto, produjo frutos iguales a una naranja por la forma y el color; sobre todo los frutos de una de las ramas no se diferenciaban en nada de de las naranjas comunes.

———

China exporta gran cantidad de cabello humano: cerca de tres millones de libras por año, en los últimos diez años. En 1911, año de la revolución, la "producción" de cabello humano alcanzó grandes proporciones, porque toda la población masculina de las regiones del sur, se cortó las trenzas, símbolo del pasado. Las mujeres guardan, para venderlo todo el cabello que se les cae al peinarse, y en épocas de miseria, no vacilan en cortárselo y venderlo. La mayor parte del cabello exportado va a los Estados Unidos.

———

Uno de los medios seguros que contribuyen a evitar el contagio en tiempos de epidemia consiste en llevar una máscara o un paño saturado de una substancia antiséptica sobre la boca y las fosas nasales. Por testimonio de contemporáneos se sabe que en la Edad Media se acostumbraba llevar, en períodos de peste, una máscara impregnada de una solución desodorizante. Pero en nuestro tiempo, el empleo de tan sencilla precaución es reciente. En la peste de Manchuria, en 1910, que fué la erupción original de la influenza que ha castigado al mundo en los últimos años, perecieron algunos médicos franceses y rusos que no empleaban máscara, mientras que entre los médicos japoneses, que la usaron desde el primer día del flagelo, no hubo ni una sola víctima.

———

En los años de 1348 a 1350 perecieron por la peste llamada en aquel tiempo "muerte negra" veinticinco millones de personas, es decir, nada menos que la cuarta parte de la población del mundo conocido por los europeos en esa época. En el año 1761 se comprobó que la mitad de toda la población de Inglaterra, moría antes de alcanzar la edad de 25 años. El término medio de la vida humana en el siglo XVI era sólo de 21 años. Actualmente, en el siglo XX el término medio de la vida humana es de 45 años. En los países poco civilizados, ese término medio es menor: por ejemplo, en la India, es de sólo 24 años.

REFLEXIONES DE LA CRISIS



—¡Si pudiera acordarme dónde enterré aquel hueso!...

———

Se cree generalmente que el caballero medioeval que iba al combate vestido de armadura de hierro llevaba un peso excesivo y que, por consiguiente, debía ser más fuerte que el hombre actual común. La literatura ha fomentado esta impresión. Sin embargo, la armadura más pesada que existe en la numerosa colección de la Torre de Londres, pesa sólo 66 libras. Cada soldado de infantería británico de los que combatieron en la última guerra, soportó, en su equipo completo un peso de 75 a 90 libras.

———

Hasta hace poco tiempo se ha venido creyendo que los sistemas científicos de alcantarillado eran de moderna invención. Hoy se sabe que no es así, por los descubrimientos que ha hecho Mr. Evans en las excavaciones practicadas en el lugar que ocupó la antigua ciudad de Knossos, en la isla de Creta. Se ha comprobado que aquella población, que floreció cerca de 4.000 años antes de Jesucristo, tomaba muchas precauciones sanitarias que nosotros atribuímos a la ciencia moderna. Entre otras cosas, se ha encontrado un perfecto sistema de alcantarillado y de conducción de aguas. Aun queda en aquellos lugares cañerías de tierra cocida muy bien hechas y colocadas con todas las precauciones que hoy aconsejan los tratados técnicos sobre esta materia.

———

Una de las pruebas de los grandes progresos del Japón es la importancia que este país viene dando a la enseñanza de la mujer. Aparte de numerosas escuelas para niñas y jóvenes, hay allí lo que se llama Nippon Yoshi Dai Gakko, es decir, la Gran Escuela para Mujeres Japonesas, suerte de universidad femenina creada hace unos doce años, y en las que las muchachas aprenden, además de historia, literatura, ciencias, etc., todo cuanto debe saber una mujer de su casa, guisar, hacer vestidos, cuidar del arreglo y limpieza de las habitaciones, etc., todo ello a la japonesa y a la europea.

———

Las antiguas poblaciones griegas eran famosas por la gran cantidad de alimento, y sobre todo de bebida que sus habitantes consumían. En aquellos tiempos la glotonería y el exceso de bebida eran tan corrientes, que las personas que no se entregaban a tales excesos se las consideraba como seres infelices, pues ambos vicios, lejos de ser despreciables, constituían una cualidad digna de alabanza. Por tal causa se promulgó una ley que ordenaba que los jueces sólo podrían escuchar y decidir las causas antes de comer. Los antiguos bretones siguieron el ejemplo de los romanos, y a sus magistrados lo conservaban encerrados, sin probar gota de alcohol ni bocado de comida, hasta que habían decidido el veredicto de una causa cualquiera.

———

La curación de enfermedades por las uvas gana cada día más partidarios. El tratamiento se recomienda sobre todo para la dispepsia y para las diarreas de origen disentérico. El doctor Tissot cuenta la historia de un regimiento diezmado por la disentería, en el que ésta desapareció en cuanto los soldados acamparon en unos viñedos cargados de racimos maduros. La cistetis crónica también se alivia con los carbonatos alcalinos desarrollados por los ácidos vegetales de la uva, aunque en tales casos hay que cuidar mucho de que la fruta no esté agria. Dícese que las uvas que crecen en terreno volcánico producen un efecto más estimulante que las otras. En cuanto a la cantidad que debe darse al enfermo, Dujardin Beaumetz recomienda que tome todas las que pueda admitir sin repugnancia; pero otros aconsejan que se empiece por algunos granos, y se vaya aumentando progresivamente la cantidad hasta llegar a cuatro kilos diarios. Este régimen debe durar, según las enfermedades, de uno a tres meses.

———

Hasta el siglo XVII los cuchillos de mesa tenían la punta de la hoja aguzada, porque tanto servían para cortar, como para pinchar, como para otros usos. La moda de las puntas redondas se implantó en Francia.

Cuéntase que el cardenal Richelieu tuvo necesidad de convidar a comer al canciller Seguier, el cual era bastante ordinario, y al concluirse la comida se limpió la dentadura con la punta del cuchillo.

El cardenal entonces dispuso que se redondeara la punta a todos los cuchillos que poseía, para que no se repitiera en su mesa la escena del canciller.

Desde entonces se extendió la costumbre por todos los países.

ANTIGÜEDADES

Un grupo de turistas examinaba las diversas curiosidades de una tienda de objetos antiguos en una pequeña ciudad europea. El dueño, deseoso de hacer alguna venta, tomó una espada muy vieja y se la mostró:

—Es un arma notabilísima: es la espada con la cual Balaam mató al burro.

—Pero amigo—le observó uno de los turistas,—Balaam no mató al burro. Sólo deseó tener una espada para matarlo.

—Sí—repuso el vendedor,—y esta es la espada que deseó tener.

NO SE ADMITE EXCUSAS

Un pastor evangelista, en un sermón advertía a sus feligreses de la ira del Cielo.

—Entonces—decía—será el llorar y el rechinar de dientes.

—Yo no tengo dientes—interrumpió una anciana.

—No importa: se le proveerá.

ERA DE VERAS

—¿Quién ha muerto?—preguntó el forastero, que veía pasar un suntuoso cortejo fúnebre.

—El hombre que está dentro del cajón—le contestó un chico.

—¿Pero quién es?

—El alcalde de la ciudad.

—¡Ah! ¿ha muerto el alcalde?

—Claro, pues—contestó el chico con cierta aspereza—¿o cree usted que se está ensayando?

LA MUSA INSPIRADORA

—¿Cómo ha llegado usted a ser multimillonario?

—Por mi esposa.

—¡Ah! el tacto, los consejos, la ayuda de su mujer...

—Nada de eso; la curiosidad de saber si había en el mundo una renta suficiente para satisfacer los gastos de mi mujer.

CIRCUNSPECCION FEMENINA

—¿De manera que se casa, María?—le dijo la señora.—Supongo que lo ha pensado bien y se ha informado suficientemente...

—¡Oh, sí, señora!; he visto a tres adivinas y a una gitana, consulté el almanaque de los sueños, soñé con un mechón de sus cabellos y he visto dos marineros y cuatro caballos blancos seguidos. Yo no soy una de esas que hacen las cosas precipitadamente.

UNA TAREA

—¿Por qué ha venido tan tarde esta mañana, lechero?

—Las ordenanzas municipales no permiten que la leche tenga más de diez millones de bacterias por litro... y usted sabe... el trabajo de contarlas...

PESO EXTRA

—Vea la balanza: peso dos kilos más que usted.

—¡Qué gracia!: se ha puesto las manos en los bolsillos.

CON UN POCO DE AYUDA

—¿Esta calle me llevará a la estación de ferrocarril?

—Sí, señora, la llevará, pero si usted la ayuda un poco, caminando.

EXCESO DE CONFIANZA

—Parece que la simpática acusada está segura de ser absuelta.

—Efectivamente, tiene demasiado confianza en ello.

EL PISO ALTO VACIO



—Parece que su hijo es el favorito. ¿Dónde se ha educado?
—En todas partes, menos en la cabeza.

—¿Por qué lo cree?

—Porque ni siquiera se ha tomado el trabajo de sonreir a los jueces.

LUGAR SECO

—Esta localidad es la más seca que he visto—observó un turista que visitaba un departamento catamarqueño,—creo que no hay en el mundo lugar más seco. ¿Nunca llueve aquí?

—¡Oh, llover!—exclamó el catamarqueño que le escuchaba.—Imagínese que tenemos ranas de ocho años que todavía no han podido aprender a nadar.

BUENA SUERTE

El deudor.—Le participo que dentro de una semana me casaré con una rica heredera.

El acreedor.—¡Ah, sí! Entonces... ¡felicíteme!

QUE SE LLEVE LAS PIERNAS

El señor Rodríguez dormía una vez la siesta, tranquilamente repantigado en su hamaca, de manera que únicamente las piernas le quedaban visibles, cuando el señor Pérez llegó a visitarle. Alguien le dijo a éste que la persona que buscaba no estaba allí en ese momento, porque había ido de paseo, y entonces el señor Pérez replicó con sorna:

—Pues dígale al señor Rodríguez, que cuando se vaya a pasear se lleve las piernas, porque allí estoy viendo unas que seguramente son las de él!

LO MENOS, POR TODA LA VIDA

Un dependiente (enseñando al cliente un reloj).—Este es uno de los mejores relojes que tenemos, pues camina ocho días seguidos sin darle cuerda.

Y el cliente, con la mayor ingenuidad, le pregunta:

—Y dándole cuerda, ¿cuántos días caminará?

PEQUEÑAS CAUSAS, GRANDES EFECTOS

—¿Por qué estás preso?

—Por estornudar.

—No puede ser.

—Sí. Cuando le limpiaba los bolsillos a uno que estaba durmiendo, estornudé, se despertó, y aquí me tienes.

UNA CARTA A WILSON

INSTAURANDO EL PROCESO DE CHILE

(Al libro que con este mismo título acaba de aparecer, pertenece el fragmento que transcribimos a continuación.)

A Woodrow Wilson, presidente de los Estados Unidos

Un hombre sin patria se dirige a ti, ciudadano del mundo.

Un hijo del Perú—que, en los primeros días de su vida, presenció la conquista de la tierra bendita en que nació y que gime, hasta hoy, bajo la bota del detentador implacable—hace un pedestal de las angustias de su pueblo, y sobre él se alza para dirigirse a ti, como se dirige la humanidad a ese otro Hombre prudente, justo y sabio que, hace diecinueve siglos, anduvo por el mundo predicando un evangelio de amor y paz, y a quien el imperialismo de Roma asesinó en el Gólgota...

Tú, que eres ese evangelio hecho carne; tú, que has conducido tu pueblo a las cumbres del Ideal; tú, que a través de la Historia ensangrentada has tendido la mano a Sócrates y a Jesús, tú, Wilson, conductor de la Humanidad y pacificador del mundo, escúchame!

La acusación

Hace cuarenta años se cometió en América un crimen. El Perú—la más rica de estas pequeñas democracias—se había agostado en revoluciones y luchas intestinas. Chile, pobre, sin recursos, al borde de la bancarrota, invirtió sus últimos dineros en cañones y fusiles y le declaró guerra, después de haber invadido sorpresivamente el suelo boliviano, que separaba ambos países. Inermes y corrompidos nosotros, el triunfo no era dudoso. Chocaron los ejércitos; los de Bolivia se retiraron a poco de comenzada la lucha; y los nuestros fueron aniquilados en treinta batallas. Y después de cuatro años y medio de matanza, cuando el enemigo había invadido, de un extremo a otro, todo nuestro extenso territorio, cuando la capital había caído en su poder tres años atrás; cuando no quedaba casi aldea donde no hubiera corrido mezclada la sangre de peruanos y chilenos; el invasor, blandiendo la espada tinta en sangre peruana, la hundió en las entrañas de América, y de un tajo nos arrebató el más rico de nuestros territorios. Y América no se estremeció, no protestó siquiera; y la detentación quedó consumada; y la conquista, incorporada, como principio, en el derecho público de esta libre tierra de Colón.

CONTRAPUNTO REGENERADOR



Lencinas.—Aunque sobre mí has echao
El poncho 'e la intervención,
El recuerdo del pasao
Bien merece mi perdón.
Hipólito.—Lo siento mucho, amigazo,
Pues la pública opinión
Fué la que le dió el ponchazo...
¡Pasencia y resignación!

Dib. de Babuna.

NO QUISO ENTRAR



—¿Está el doctor?
—No. papá anda con la mala: ha ido al funeral de su último enfermo. Es el quinto en esta semana.

¿Quién provocó la guerra?

"Los peruanos—que andan hoy moviendo la piedad europea, como víctimas del prusianismo chileno—fueron los que desempeñaron, en 1879, el mismo papel de Alemania en la actualidad, provocando a Chile a una guerra injusta, para la cual estaban preparados sigilosamente, mediante un tratado secreto con Bolivia, firmado en 1873, es decir, seis años antes de la declaración de guerra." (Alberto Mackenna Subercaseaux). Y esto, que dicen todos los chilenos desde hace cuarenta años, acaba de repetirlo el canciller Barros Borgoño en la circular que, hace pocos días, ha pasado al cuerpo diplomático de su país, cohonestando los incendios y saqueos de la propiedad peruana, consumados en nuestras tierras irredentas, en estos días en que los Césares caen de rodillas.

Pero la opinión chilena es única; y en esto, como en todo, está de espaldas a la opinión universal. Nadie que conozca la historia de América, ignora las condiciones de desmoralización en que el Perú se encontraba el 79, ni los aprestos bélicos que Chile hacía desde años atrás. Eramos ricos, no limitábamos con ese país, pues que entre él y el nuestro se interponía todo el litoral boliviano; no teníamos cuestión alguna que nos llevase a la guerra, si se exceptúa la ambición de Chile por nuestros territorios salitreros, para ponernos a cubierto de la cual suscribimos con Bolivia el tratado que le dió pretexto para invadirnos. Y como me he propuesto asentar todas mis aseveraciones en documentos que no ostenten sello peruano, copio, en seguida, el juicio de "Cyclopedia Britannica", volumen XXI, pág. 276, que dice: "Guerra perú-chilena (1879-1883). El 3 de abril de 1879, Chile declaró la guerra al Perú, siendo el pretexto alegado que el Perú había celebrado un tratado ofensivo con Bolivia, país con el cuál Chile tenía una disputa; pero la publicación del texto de ese tratado hizo conocer el hecho de que era estrictamente defensivo y no contenía ninguna causa justa de guerra. El verdadero objeto de Chile fué la conquista de la rica provincia de Tarapacá, la apropiación de sus valiosos depósitos de guano y salitre, y la expoliación del resto de la costa peruana."

Y el juicio de esa monumental obra de la literatura inglesa está corroborado, no sólo por los que en el mismo sentido emite Sir Clement R. Markham, presidente, que fué, de la Real Sociedad Geográfica de Londres, en su "Historia de la Guerra de Chile contra el Perú y Bolivia" y por los de Tomasso Caivano, historiador italiano, en su "Historia de la Guerra del Pacífico", sino, también, por documentos oficiales chilenos.

En efecto: las actas de las sesiones secretas del Congreso de Chile, publicadas en "El Mercurio" de Valparaíso y "El Ferrocarril" de Santiago en los días comprendidos entre el 20 de julio y 24 de agosto de 1881, dicen: (Sesión de 22 de abril de 1879) "El senador Zañartu declaró que, una vez descubierto el tratado de alianza, era llegado el momento de que Chile pusiera a raya las pretensiones de sus contrarios, debiendo contar el gobierno con el apoyo más decidido del país para afrontar una guerra que, aunque llena de peligros, estaba llamada a cimentar la grandeza y prosperidad futuras." Pero el tratado de alianza perú-boliviano, que Zañartu, y medio Chile, creían un descubrimiento reciente, era oficialmente conocido por la cancillería de ese país desde el mismo año en que fué suscrito. Así lo declaró, en la misma sesión, el senador Ibáñez, cuando dijo: "Ese tratado es conocido por el gobierno de Chile desde que se firmó. En octubre de 1873, siendo el que habla ministro de relaciones exteriores, lo dí a conocer al congreso en la sesión del día 17; y es por esta causa que Chile mandó construir dos acorazados en Inglaterra y comisionamos al coronel Sotomayor para que se trasladara a Europa, a contratar armamento y equipo para 40.000 hombres, cosa que efectivamente se hizo." Ahora conviene recordar que la ley chilena que manda construir los acorazados es de 1871, el tratado perú-boliviano de alianza defensiva, de 1873, y la guerra de 1879.

El Perú, por aquellos tiempos, tenía un presupuesto de más de 40 millones de soles de 48 peniques. En Chile, al contrario, según la memoria que en 1881 presentó al congreso su ministro de hacienda (pág. CLXXI) "las entradas fiscales del año 1876, que alcanzaron a 15.369.158 pesos (de 14 a 18 peniques), agregadas a las de 1877, que montaron a 13.688.852, y a las de 1878, que subieron a 14.031.867, representan la historia financiera de este trienio de decadencia progresiva y angustiosa".

¿Qué le íbamos a quitar a Chile, si su riqueza fiscal, su riqueza nacional y su riqueza privada eran infinitamente menores que la nuestra? Pero quiero prescindir de comentarios, y que siga hablando por mí el ministro de hacienda chileno, de 1881.

En la página anterior de la misma Memoria, o sea la CLXX, pintando la desastrosa situación económica del país, dice: "Bien pronto pudo verse que no era oro todo lo que se quiso hacer relucir a los ojos del mundo ávido de fortuna; que mucha, sino la mayor parte de aquellas especulaciones, faltaban completamente de base; y que otras, que debían dar entradas considerables, daban sólo productos exiguos, bien lejanos con la proporción de capitales invertidos; y bien pronto la desilusión no se hizo esperar; "empero, el gobierno ejecutaba tres actos", que fueron apreciados con distintos criterios, "uno entre ellos, la compra de los acorazados y del material de guerra", base de la preponderancia y de los triunfos de la república."

Pero aún una declaración tanto o más explícita que la anterior. José Manuel Balmaceda, que siendo presidente de la república, en 1891, se suicidó para escapar a la saña de sus perseguidores, dijo en sesión de la cámara de diputados, en 16 de septiembre de 1880: "Razones históricas legendarias, geográficas e industriales, hacen necesario llevar la guerra a su último término. En el litoral del Pacífico de la América del Sur, no hay sino dos centros de acción y progreso: Lima y el Callao, Santiago y Valparaíso; "es preciso" que uno de estos centros "sucumba" para que el otro se levante. "Por nuestra parte necesitamos a Tarapacá" como "fuente de riquezas" y a "Arica" como punto avanzado de la costa."

Más tarde, siendo ministro de relaciones exteriores el mismo prohombre, dirigiéndose al cuerpo diplomático, en nombre de su país, dijo:

"El territorio salitrero de Antofagasta y el territorio salitrero de Tarapacá fueron la causa real y directa de la guerra. Devolver al enemigo el dominio de la causa misma de la contienda, después de nuestros triunfos y de la posesión de aquellos territorios, habría sido una imprevisión injustificable y una falta absoluta del conocimiento que suponen las cuestiones de estado."

Después de conocer esto, se comprende perfectamente no sólo que escollara la mediación que el Perú se apresuró a ofrecer en el pleito chileno-boliviano, sino que nos viéramos envueltos en él y sacáramos la peor parte. Según el acta de la sesión secreta de 22 de marzo de 1879 (ocho días antes la fuerzas chilenas habían invadido Bolivia) el ministro de relaciones exteriores de Chile declaró "que el señor Lavalle (plenipotenciario peruano) había recibido encargo de insinuar a nuestro gobierno la desocupación del litoral boliviano por las fuerzas de la república; que se retrotrajeran las cosas al estado en que estaban antes del 13 de febrero, y se sometiese a arbitraje la cuestión que determinó la ocupación; "insinuación que el gabinete había rechazado perentoriamente y que en ningún caso aceptaría".

Con lo transcrito basta para que el dedo de la Justicia señale al Caín de América. Alemania estaba ahogando en sangre a Europa y decía que Inglaterra y Francia la habían provocado...

Francisco G. MALAGA GRENET.

Supersticiones sobre el estornudo

No se sabe en virtud de qué motivo razonable el estornudo ha sido considerado en todas las épocas y por casi todos los pueblos como algo que anuncia un mal para la persona que estornuda, un mal o una desgracia que, por otra parte, puede ser evitado o ahuyentado por una fórmula de salutación. "¡Salud!", decimos nosotros cuando alguien estornuda en nuestra presencia. Igual cosa dicen los alemanes y los polacos. "¡Buena salud!", exclaman los hebreos y "¡Dios te bendiga!", los moros y los ingleses de hace un siglo.

Según un relato fabuloso consignado por el jesuíta Strada, un estornudo fué la señal de vida que dieron las estatuas de Prometeo, y el Talmud asegura que nuestro abuelito Adán fué víctima de esa molestia de su órgano olfatorio, y que doña Eva saludó la primera aparición de ese fenómeno con las palabras "¡Dios te bendiga!"

Algunos autores católicos atribuyen a Gregorio de Tours (544-599) el empleo de la bendición "Dios te ayude" y "Salud" dicha al que estornuda y agregan que ordenó su uso durante una epidemia de bubónica, en la cual el estornudo era síntoma de muerte. Pero muchísimo antes, el Zendavesta que es uno de los textos religiosos de remota antigüedad, recomienda fórmulas de bendición destinadas a ahuyentar a los espíritus perversos del cuerpo de la persona que estornuda. Los antiguos griegos tenían al respecto una costumbre semejante a la nuestra. Los siameses dicen que cuando el diablo no tiene nada que hacer lee en voz alta los nombres de los seres humanos y que una persona, al ser nombrada, estornuda. Por eso debemos pronunciar algunas palabras que ahuyenten al espíritu del mal.

Los antiguos romanos consideraban al estornudo como un mal presagio mientras que los griegos lo tenían por un anuncio divino que prometía el éxito de lo que uno iba a emprender. Así, cuando Jenofonte se disponía a arengar a sus soldados que debían partir a luchar contra los persas, uno de los soldados estornudó, lo que bastó para que sus compañeros proclamaran a Jenofonte como su jefe ya ungido por la victoria.

Entre muchos pueblos europeos se cree que es presagio funesto estornudar en las horas que van desde la media noche hasta el alba. Los tiroleses no comparten esta creencia, pues opinan que cada vez que una persona estornuda de noche, salva a un alma. Los judíos ortodoxos esperan una semana dichosa si el hijo menor de la familia estornuda al final de un sábado. Entre los antiguos romanos la persona que tenía la desgracia de estornudar mientras se levantaba y se vestía, volvía a meterse en la cama, a la espera de hora más propicia para levantarse.

En el sur de Alemania existe la creencia popular de que un matrimonio no será feliz, si durante la ceremonia del casamiento estornuda la novia o el novio. En otros países está muy difundida la superstición que consiste en suponer que a uno le irá mal durante el día si una persona estornuda a su izquierda; pero, en cambio, tendrá suerte, si estornuda a su derecha. Se cree también que estornudar tres veces en día domingo y una vez en lunes, presagia una semana feliz.

Según Aristóteles, si un hombre está enfermo y estornuda una sola vez, morirá; pero recobrará la salud si estornuda dos veces seguidas. Lo contrario ocurre si la persona enferma es una mujer. En todas las ocasiones de la vida será afortunada la persona que estornude dos veces seguidas; un solo estornudo es indicio de mala suerte.

NEGOCIACIONES DE PAZ



—¡Otra vez en el mismo estado! ¡Es intolerable! Tendré que divorciarme...
—No, viejita: concédeme esta noche un armisticio y mañana abdicaré.

El gas de alumbrado

En enero de 1807 los habitantes de Londres vieron la primera calle alumbrada a gas. Fué, pues, la capital británica la primera ciudad del mundo que poseyó ese sistema de alumbrado, entonces un progreso estupendo, y hoy, un poco más de un siglo después un sistema anticuado que tiende a ser eliminado de toda ciudad importante.

Sin embargo, los buenos habitantes de Londres no se sentían muy satisfechos de la innovación admirable. Tenían miedo del gas y de sus efectos y cuando se veían obligados a transitar por la Pall Mall, la arteria urbana iluminada "por un procedimiento diabólico" se arriesgaban en ella temblando, pensando en la posibilidad de volar a causa de una espantosa explosión. La mayor parte de la gente no se atrevía ni aún a tocar un caño de gas por temor de quemarse las manos o provocar la temida explosión.

Los diarios aconsejaban que no se instalara el gas en las casas particulares "porque el calor extraordinario de las cañerías — decían — puede dar origen a grandes incendios". Los primeros accionistas de la primera compañía de gas de alumbrado, eran tratados de lunáticos y los periódicos humorísticos los hacían sus víctimas.

Sin embargo, en menos de cuatro años, el alumbrado a gas se extendió al centro de Londres y poco después a los suburbios. En 1818 fué adoptado en Francia y después en los demás países europeos. En Buenos Aires la implantación de la iluminación a gas fué recibida en medio de un asombro y un orgullo incomprensibles. No faltaron poesías en que se celebraba la luz maravillosa destinada "a avergonzar al astro rey".

Una secta extraña

Muy poco se ha hablado hasta ahora de la secta de los Donmeh, establecida en Salónica y digna de ser estudiada por la ilustración de algunos de sus miembros, por la elevación de algunas de sus ideas filosóficas y porque en su dialecto hay gran número de palabras españolas del casticismo más legítimo. Está formada por judíos criptógrafos descendientes de los sectarios de un místico y visionario llamado Shabbethai Zebi. Después de la muerte del que consideraban su mesías, en 1687, sus partidarios se organizaron en Salónica bajo la dirección de un tal Jacob Zebi Querido, reencarnación del mesías, y formaron una secta que, aparentemente, practica el mahometismo. Los musulmanes, sin embargo, los llaman apóstatas. Los "donmeh" se dividen en tres clases: los creyentes, los asociados y los guerreros.

La religión de los "donmeh" es una mezcla de judaísmo y de islamismo, con algo de cristianismo. Aunque observan en secreto algunos ritos judíos, se apartan de los judíos a los que llaman infieles. Visitan las mezquitas y hasta envían peregrinos a la Meca. Aun dentro de la secta hay tres grupos de creyentes, de ideas un poco diferentes. Hasta hace poco tiempo una persona de un grupo no se casaba con otra de otro grupo, a fin de conservar mejor las ideas religiosas de cada uno.

En general, consideran al matrimonio como cosa sagrada; tienen horror al divorcio y a la poligamia; las mujeres ocupan un lugar social más elevados que entre los turcos. Cada individuo tiene dos nombres: uno religioso, que es secreto, y otro que llamaríamos secular, que es el que usa para sus relaciones sociales y comerciales. Sus sacerdotes son muy ilustrados en materia de textos religiosos ebreos y mahometanos y hablan el español judaico, al que consideran lengua sagrada. No creen en la muerte de sus santos y esperan que vuelvan a la vida.

El número de estos sectarios ha sido estimado en 5.000 por unos autores y en 15.000 por otros. Todos ejercen oficios y habilidades honestas que les permiten ganarse cómodamente la vida. Son caritativos aun para con las personas de creencias opuestas. Algunos han llegado a altas posiciones como Djavid Bey, ministro de hacienda de Turquía.

Algunas enfermedades raras cuyos extraños nombres impresionan a los enfermos y aumentan la clientela de los médicos: un "oligópota" es la persona que jamás siente necesidad de beber; en cambio, el "polípoto" es el que se siente con la garganta seca y, por consiguiente, con ganas de beber. El "bulímico" es el enfermo que come continuamente y el "agoráfobo" el enfermo nervioso que tiene miedo de cruzar un espacio descubierto, por ejemplo, una plaza.



El patrón.—¡Y yo que alquilé el vigésimo piso para que los empleados no se distrajeran!

El poeta de la miseria

Fragmentos

Yo declaro con orgullo que entre todos los poetas de hoy, soy el más sincero poeta de la miseria. No me importa que los próceres se mofen, ni que el pueblo desconfíe de mis estrofas. Me basta con que lo oiga mi propio corazón.

No puede adaptarse ni venderse un hombre a quien no le importa morirse de hambre en el arroyo. Yo estimo sobre todas las cosas de la tierra mi blasón de poeta, que es la única y lógica aristocracia. Agarrotado en la más sórdida miseria puedo ser fuerte. Con la fuerza de mi ideal y de mi entusiasmo.

Con mi chambergo al viento y mi capa raída tengo derecho a indignarme de todas las injusticias y a clamar contra ellas en versos que antes que en mi pluma florecen en mi corazón. Poeta a sueldo del Presupuesto tendría que enmudecer ante el desgarrante espectáculo cotidiano, y sería atentatorio a mi gaveta cualquier acto de anarquismo sentimental; y ese es mi arte, pulido y aristócrata en la forma, lleno de un ansia ardiente de revolución, de justicia y de belleza en la entraña.

Conforme avanzo por la vida estoy más conforme con mi alma de rebelde. La vida así es absurda y cruel, atentatoria a los derechos de la humanidad; los hombres son cretinos y adaptables; creo que habría que dejar al mundo para edificar la ciudad ideal.

Mi poema "Infantita de Balada", no es sino un gesto cortés para el director del periódico en que se publicó. Entre el fragor de la revolución, si por mi barricada pasara la reina, yo dejaría paso e inclinaría mi penacho de revolucionario ante la dama y ante su belleza.

Cada vez estoy menos dispuesto a las claudicaciones con los poderosos y con los tontos. Desprecio todos los vulgos: el aristocrático y el craso. Cuando mis fuerzas flaqueen, me dejaré caer para siempre sobre el lecho de un hospital, o pondré remate a mi vivir de titiritero de la casualidad al trágico fulgor de un pistoletazo. Prefiero a una vida de eunuco, de adaptado, de sin alma, una muerte romántica y bella. En mí hay una porción divina de bondad y de belleza que forma un pedestal para mi alma: desde allí miro todas las cosas por altas que estén con un ligero rictus despectivo. Y no me importa que me estimen ni que me hagan justicia. Cada vez comprendo que llevo en mí algo de misántropo, de salvaje: que no soy hombre de academias, de clubs, de salones bellos, ni de antesalas, y renuncio a todos los beneficios a que me da derecho mi inteligencia. Y no he de rectificar mi vida; creedme que cuando estoy solo al margen de todas las cosas siento en mí una luminosa felicidad.

Emilio CARRERE.

Bajo otros cielos

Astudillo, chico asturiano empleado en una bodega española de la calle Beavez, siente de vez en cuando primaveriles ataques poéticos, y me honra nombrándome juez y crítico de sus rimas, algunas llenas de un sincero amor por sus semejantes, especialmente si provienen de la seductora región española.

Astudillo ama el ocio artístico de pasear y comentar la guerra. Anoche emprendimos el peregrinaje de la avenida, con largas estaciones frente a las vitrinas; él orando; yo escuchando.

—Mire usted cómo todo reverbera, y cómo la opulencia flota; arte, civilización, riqueza: ¡todo es originario de mi España!

Yo miré a Astudillo, pensando si pasaba por un período de su compatriota influenza, y si pudiera copiar vocablo por vocablo la conversación salpicada con localismos asturianos, resultaríame más interesante esta crónica; pero no tengo la facilidad dialectal de Hernández Catá, y recurro al pleno y ancho castellano.

—Sí: de España zarpó Colón a descubrir la América, "por Castilla y por León"; los Adelantados ibéricos descubrieron el Missisipí y el Pacífico y poblaron la California, de donde salió el oro que puso la base a la nación gigantesca. El arte de la guerra lo aprendieron los británicos en tiempos del buen Carlos I y de su augusto hijo Felipe II. Las naves de la gran armada, naufragadas en costas de Irlanda, les llevó una emigración de marineros celtas, que, al unirse con los *colleen*, engendraron una raza viva, combatiente y artística. Aun los irlandeses se llaman *Moran, Costello* —nuestro Castillo— y otros rancios apellidos castellanos. Esta virtud guerrera la aprovecharon los norteamericanos para ganar la independencia, y en la guerra contra España, en 1898, aprendieron la lección de prepararse y organizarse. Usted sabe que aquella guerra cogió a los Estados Unidos en un desorden de administración militar. Resultado: el orden de esta guerra lo enseñó España.

Habíamos llegado a la ventana de Noedler, el comerciante de cuadros, y Astudillo emocionado gritó:

—¡Los gaiteros de Covadonga!

—Son escoceses — repuse, admirando un lienzo donde dos tocadores de gaitas del *clan* Mc. Donald soplan en sus pipas.

—Escoceses los hombres; españolas las gaitas. Ese instrumento se conoce en mi patria desde el tiempo de Ataulfo. y bandas de gaiteros precedían las legiones del señor Pelayo en su primer ataque a los moros. Toda esta guerra, aunque España es neutral, tiene algo de España. Joffre es catalán, de Perpiñán, antigua villa del Rosillón y gobernada por los Condes de Balaguer; Foch es vasco, de los Pirineos. Mucha gente cree que Foch es un apellido teutón; pero Foch es un vocablo del *Guernicaco arbola*; y no quiero discutir la procedencia del general italiano Díaz — ¡napolitano de los Borbones!

—Según usted, Astudillo, todos los generales son españoles. Seguro que me va usted a decir que Hindenburg es gaditano y Ludendorff de la Rioja!

—¡No, esos son *boches!*

De pronto, al cruzar la esquina de la calle 42, me encontré frente a frente con un general inglés que conocí en Australia, el general Gordon, el cual, con grande alegría de Astudillo, vino a mí saludándome en un correcto castellano, y entabló conversación. Astudillo no podía más, y metiendo la cuchareta, interrogó al jefe británico:

—¿Usted es español, general?

—Zí zeñó, de Jeré; mi padre tenía una bodega de vinos generosos y yo fuí amigo del Guerra y del Curro, zabía bailá tangos y cantar soleás. Como hijo de inglés, entré en el ejército, y aquí me tiene vestido de khaki, con las insignias rojas del *Intelligence Departement* al andalú más salao de la tierra de María Santísima!

El pecho de Astudillo se hinchó como el de un palomo, y volviéndose a mí con un aire de triunfador, me dijo:

—¡Lo ve usted, hombre, lo ve usted!

¡Y yo pensé si Astudillo tendría razón!

François G. de CISNEROS.

(New York).

COMO DE COSTUMBRE



—¡Oh, Joaquín!: si tú te murieses antes que yo, ¿me esperarías del otro lado de la tumba?

—Sí, María, ya sabes que a cualquier parte que voy, siempre tengo que esperarte.

El salero de California

En el límite meridional del distrito de California, cerca de la frontera mejicana, hay un lugar de los más notables e interesantes de América occidental. En realidad es el lecho de un antiguo mar o prolongación del Golfo de California, según las tradiciones de los indígenas que viven todavía en sus orillas. Forma una depresión de cerca de cien metros bajo el nivel del mar y parece una superficie nevada en la que se alzan largas filas de pirámides blancas que parecen brotar de una superficie líquida. Dicha depresión es uno de los mayores depósitos de sal del mundo. Los indígenas lo explotan rompiendo la capa de sal con un arado especial manejado por dos indígenas, los cuales son los únicos capaces de soportar el calor que hace en aquellas profundidades. Por fortuna el calor es seco y con las precauciones corrientes no se producen insolaciones; por lo menos los individuos trabajan allí todo el año y nunca les ocurre nada.

Los arados abren un surco de dos metros y medio de ancho por noventa centímetros de profundidad. Otros indios entran en el agua con botas de goma y amontonan la sal arada formando altos conos para cargar luego los carros que llevan la sal a un lugar donde se seca y se prepara para la exportación.

Museo de muñecas

Entre las cosas más interesantes del Museo Nacional de Wáshigton, figura una magnífica colección de cuatro mil muñecas que se guardan cuidadosamente catalogadas en cajas de madera.

Las muñecas proceden de todos los países del mundo y principalmente de las tribus de indios americanos, de los esquimales del Norte y del Oeste y de los isleños del Mar del Sur.

La colección se formó con destino a los etnólogos, quienes mediante el estudio de los juguetes de una tribu pueden determinar algo acerca del carácter y desarrollo mental de los pueblos de donde proceden. Hay etnólogos tan peritos en esta ciencia, que con sólo el examen de las muñecas de una tribu recién descubierta, pueden deducir las características de los individuos que la componen.



El jugador de vilorta

(Leyenda belga)

Había hace mucho tiempo en el villorrio de Coq, cerca de Condé en el Escalda, un carretero llamado Roger. Era un buen compañero, tan amigo de divertirse como de trabajar, y tan diestro en hacer volar de un palazo la bola de la vilorta como en armar la rueda de un carro.

Como se sabe el juego de la vilorta consiste en lanzar contra un blanco una bola de madera de cerezo a la que se le da un golpe con una vara o bastón cuyo cabo inferior es de hierro.

Bien, un martes de carnaval el carretero de Coq dejó descansar su garlopa, y se ponía la blusa para ir a beber su jarra de cerveza en Condé, cuando entraron dos desconocidos en el taller, con el bastón del juego, el vilorto, en la mano.

—¿Quiere ponerle un fuste nuevo a mi vilorto?—dijo uno de ellos.

—¿Qué es lo que me piden, amigos míos? ¡Nada menos que en un día como éste! No daré una cepillada ni por un lingote de oro. Además, ¿acaso se juega a la vilorta un martes de carnaval? Sería mejor que fueran a ver zamarrear las máscaras en la plaza mayor de Condé.

—Poco nos divierte ver las máscaras—repuso el desconocido. Nos hemos desafiado y queremos terminar el partido. Esperamos que nos ayude usted que, según dicen, es uno de los mejores jugadores de la comarca.

—Si se trata de un partido de ataque es diferente—dijo Roger.

El carretero arremangóse, se puso el delantal y en un minuto colocó el fuste nuevo.

—¿Cuánto le debo?—preguntó el desconocido.

—¡Bah!, no es nada... no vale la pena.

El desconocido insistió, pero en vano.

—Eres demasiado honrado—díjole al carretero—para que queden en deuda contigo. Te acuerdo el cumplimiento de tres deseos...

—No olvides pedir lo que hay de más valioso en el mundo—agregó el compañero.

El carretero sonrió con expresión de incredulidad.

—Supongo que no son ustedes magos de la Capelette...—dijo guiñando un ojo.

La gente de la Capelette era considerada como la más bromista y trapacera de todo Condé.

—¿Por quién nos tomas?—repuso el desconocido con acento severo a la vez que tocaba con su bastón un eje de hierro que súbitamente se trocó en un eje de plata pura.

—¿Quiénes son, pues, ustedes—exclamó Roger—cuya palabra se vuelve barras de plata?

—Soy San Pedro y mi compañero es San Antonio, patrono de los jugadores de vilorta.

—Tengan la bondad de pasar adelante, señores, —dijo con vivacidad el carrtero de Coq;—e hizo entrar a los santos a la habitación que seguía al taller, les ofreció sillas y bajó a la bodega a buscar una jarra de cerveza. Bebieron amigablemente y cada uno encendió su pipa.

—Ya que son tan buenos, señores santos—continuó Roger—que quieren acordarme el cumplimiento de tres deseos, les diré que desde hace mucho tiempo deseo tres cosas. Ante todo quisiera que el que se siente en el tronco de olmo que está en la puerta, no pueda levantarse sin mi permiso. Me aburre el estar solo y me gusta tener cerca a alguno con quien pueda charlar.

San Pedro meneó la cabeza y San Antonio tocó con el codo a su cliente.

—Cuando juego a las barajas el domingo por la noche en la taberna del Gallo Bravo—continuó diciendo el carretero—apenas suenan las nueve llega el guardabosques y nos hace retirar. Deseo que todo aquel que tenga los pies sobre mi delantal de cuero no pueda irse ni ser echado del sitio en que yo haya puesto el delantal. San Pedro movió de nuevo la cabeza y San Antonio repitió con acento grave:

—No olvides lo que vale más que todo.

—Lo que vale más que todo—continuó diciendo el carretero—es ser el primer jugador de vilorta del mundo. Cada vez que me vencen, la sangre se me vuelve negra como la boca de esa chimenea. Quisiera, pues, poseer un vilorto que lanzara la bola más alto que el campanario de Condé y que siempre me hiciera ganar el partido.

—¡Así sea!—repuso San Pedro.

—Más te hubiera valido—dijo San Antonio—haber pedido la salvación eterna.

—¡Bah!—contestó el carretero—tengo tiempo para pensar en eso. Todavía no ha llegado el momento de engrasar las botas para el último viaje.

Ambos santos salieron, seguidos por Roger que deseaba presenciar un partido tan raro; pero, de pronto, al pasar delante de la capilla de San Antonio, los santos desaparecieron. El carretero, entonces, se fué a ver las máscaras en la plaza mayor de Condé.

Cuando regresó, a eso de la media noche, halló, arrimado a la puerta de su casa, el vilorto que había pedido. Con viva sorpresa vió que no era más que un palo viejo rematado en un hierrecito herrumbroso. Sin embargo, alzó y guardó con respetuoso cuidado el regalo de los santos.

Al día siguiente los habitantes de Condé se diseminaron por los campos para jugar a la vilorta, comer arenques ahumados y beber cerveza, a fin de evaporar la pesadez de la cabeza y las fatigas del carnaval.

También se hallaba presente el carretero de Coq y con su vilorto de aspecto despreciable dió golpes tan certeros que todos los jugadores dejaban sus partidos para verle. El domingo se demostró aun más hábil y pronto la noticia de su habilidad se difundió en la comarca. De diez leguas a la redonda venían los jugadores más afamados sólo para hacerse vencer por él.

Pasaba todo el día domingo jugando a la vilorta y por la noche descansaba con un partido a la brisca en la taberna del Gallo Bravo. Tendía su delantal debajo de la mesa; los jugadores ponían allí los pies y ni el diablo mismo habría podido hacerlos retirar.

El lunes por la mañana detenía delante de la puerta de su casa a los peregrinos que se dirigían a Nuestra Señora del Buen Socorro; los invitaba a sentarse en el tronco de olmo y no los dejaba ir sino después de haberles hecho charlar hasta cansarse.

En pocas palabras: llevaba la vida más deliciosa que puede soñar un buen flamenco y no lamentaba más que no haber deseado que durara siempre.

Sucedió que una mañana, el más renombrado jugador de vilorta de Mons, llamado Paternostre fué hallado muerto en el borde de una zanja. Tenía la cabeza deshecha a golpes; junto a él encontraron su vilorto, manchado de sangre. No se pudo obtener el menor indicio de cómo había ocurrido el suceso, pero como Paternostre decía a menudo que en su juego no temía ni a Dios ni al diablo, la gente creyó que había desafiado a don Belcebú y que éste lo había asesinado para castigarle por su arrogancia.

Como se sabe el Diablo es el jugador más incansable que existe; pero prefiere, sobre todo, la vilorta, y cuando da una vueltecita por Flandes, se le encuentra siempre con el vilorto en la mano, como un buen flamenco.

El carretero de Coq era amigo de Paternostre que, después de él, se consideraba el mejor jugador de la región. Fué a su entierro en compañía de muchos jugadores de las aldeas vecinas.

A la vuelta del cementerio entraron a una taberna para beber, como se dice vulgarmente, los sesos del muerto. Pasaron despreocupadamente las horas, mientras se hablaba de las nobles proezas de la vilorta. Cuando se retiraron y cada uno se fué por su lado, era ya de noche.

—¡Buen viaje—gritaron los jugadores belgas al despedirse—y que San Antonio, patrono de los jugadores, los libre de encontrar al Diablo en el camino!

—Poco me importa del Diablo—contestó Roger—si se metiera conmigo en un partido de vilorta, pronto lo haría correr con el rabo entre las piernas.

Los buenos amigos regresaron a sus casas, deteniéndose, por supuesto, en cada taberna. Ya hacía rato que las campanadas de queda habían sonado en el campanario de Condé, cuando cada uno se metía en la cama.

Al poner la llave en la cerradura, el carretero de Coq creyó oir a sus espaldas una carcajada burlona.

Dióse vuelta y entrevió en la obscuridad a un hombre de seis pies de altura que lanzó, otra vez, una carcajada.

—¿De qué se ríe?

—¿De qué? Sencillamente de la tranquilidad con que has dicho, hace un momento, que te atreverías a jugar un partido con el Diablo.

—¡Bah!, si me desafiara...

—Bien, amigo; prepara los vilortos—dijo Belcebú, que no otro era el desconocido.—Roger lo reconoció por cierto olor de azufre que deja el diablo al pasar.

—¿Cuál será la apuesta? — preguntó resueltamente.

—Tu alma.

—¿Contra qué?

—Contra lo que quieras.

El carretero reflexionó un momento:

—¿Qué llevas en esa bolsa?

—Mi cosecha de la semana.

—¿Está ahí el alma de Paternostre?

—¡Por supuesto!, y, además, las de otros cinco jugadores que como él murieron sin confesión.

—Te juego mi alma por la de Paternostre.

—¡Aceptado!

Ambos adversarios se dirigieron a una pradera vecina y eligieron por blanco la entrada del cementerio.

Belcebú colocó la bola de madera sobre una mota helada y dijo, según la costumbre:

—¿Cuántas veces de tres golpes pide?

—Dos veces—contestó el carretero.

Belcebú le miró sorprendido, pues desde el sitio en que se hallaban hasta el cementerio había cerca de un cuarto de legua.

—Pero, ¿cómo veremos la bola?—preguntó Roger.

—Es cierto—dijo el diablo—y tocando a la bola con su vilorto, la hizo luminosa como una gran luciérnaga.

—¡Va!—gritó el carretero.

Dió con el vilorto en la bola y ésta voló al cielo como una estrella que fuera a unirse a sus hermanas. En tres golpes salvó las tres cuartas partes de la distancia.

—Muy bien—exclamó Belcebú cuyo asombro era cada vez mayor.—Ahora me toca a mí.

De un solo golpe seco lanzó la bola por encima de los tejados de Coq, a media legua de distancia. Tan violento fué el golpe que el hierro del vilorto echó un reguero de chispas.

—¡San Antonio, estoy perdido si no me ayudas!—murmuró el carretero.

Dió el golpe temblando, pero aunque el brazo vacilaba, el vilorto parecía animado de maravillosa fuerza. Al segundo golpe, la bola fué a caer, como por sí sola, en la misma puerta del cementerio.

—¡Por los cuernos de mi abuelo!—gritó Belcebú. —¡No se dirá que he sido vencido por un descendiente de ese zanahoria de Adán! Dame la revancha.

—¿Qué jugamos?

—Tu alma y la de Paternostre por otras dos almas de jugadores.

El diablo esta vez jugaba con verdadera furia. Cada golpe que daba hacía estallar cintas de chispas. La bola saltaba desde Condé hasta Buen Socorro, desde Peruwelz hasta Leuze; una vez voló hasta Tournai, a seis leguas de distancia. Dejaba detrás un reguero luminoso, como un cometa, y los jugadores la seguían a la pista, por así decir. Roger no podía comprender cómo corría tanto, o mejor dicho volaba, sin cansarse.

El resultado fué que no perdiera ni un solo partido y ganara las almas de seis jugadores de vilorta. Belcebú parecía estallar de rabia.

—¿Continuamos?—preguntó el carretero.

—No; no tengo tiempo; me esperan para el sabat. Este bandido—agregó para sí—es capaz de despojarme de toda mi caza.

Y desapareció.

Vuelto a su casa, el carretero encerró las almas en una bolsa y se acostó muy satisfecho de haber derrotado a don Belcebú.

Dos años después el carretero recibió una visita que por cierto no esperaba. Un viejo muy viejo, alto, flaco, amarillo, con una guadaña al hombro, entró en el taller.

—¿Necesita que le cambie el mango a su guadaña?

—No; mi guadaña no se gasta jamás.

—Entonces ¿en qué puedo servirle?

—Siguiéndome: tu hora ha llegado.

—¡Caramba! ¿No puede esperarme un momentito, nada más que el tiempo de concluir esta rueda.

—Bien; voy a esperar; hoy he tenido mucho trabajo y me parece que puedo descansar un rato fumando la pipa.

—En ese caso, siéntese en el tronco que está junto a la puerta. Casualmente tengo un excelente tabaco belga que cuesta siete patacas la libra.

—Bien; pero apúrate.

La Muerte encendió su pipa y se sentó en el tronco de olmo. El carretero, sonriendo furtivamente, continuó su trabajo. Al cabo de un cuarto de hora, la Muerte le gritó:

—¿Y? ¿has terminado o no?

El carretero, haciéndose el sordo, continuó cepillando mientras cantaba:

Espera en el olmo, espera
que he de ir cuando me muera.

—Creo que no me oye — dijo la Muerte—¡eh, amigo! ¿está listo?

El carretero siguió cantando:

Anda a ver si vienen, Juan,
ve si vienen o se van.

—Este bruto es capaz de estarse burlando de mí — pensó la Muerte. Y quiso levantarse... pero no pudo levantarse del tronco de olmo. Comprendió entonces que se hallaba a merced de una potencia superior.

—Veamos, Roger, ¿qué quieres para que consientas en libertarme? ¿Quieres que prolongue tu vida diez años?

Entretanto el carretero cantaba:

En mi tabaquera
tengo buen tabaco.

—¿Quieres veinte años?

Sólo le respondía la canción:

Llueve, llueve, pastorcilla,
entra con tu corderilla.

—¿Quieres cincuenta, carretero del Diablo?

Roger cantaba a plenos pulmones:

Adiós, querido Dumollet, buen viaje,
Que vuelvas, sin naufragio a Saint Maló.

Las cuatro habían sonado en el reloj de Condé y la chiquillería salía de la escuela. La presencia de ese viejo seco que se revolvía en su asiento como un diablo en una pila de agua bendita, les causó sorpresa y risa. No sospechando que, como dicen, la Muerte acecha a los jóvenes sentada a la puerta de la casa de los viejos, burlábanse de ella, mostrándole la lengua y repitiendo en coro:

Adiós, querido Dumollet, buen viaje,
que vuelvas, sin naufragio, a Saint Maló.

—¿Quieres cien años? — aulló la Muerte.

—¿Cómo? ¿Dice que me prolongará la vida cien años? Bien, acepto; pero dentro de ciertas condiciones; no soy tan tonto que desee prolongar mi vejez...

—¿Qué es lo que quieres?

—De la vejez sólo quiero la experiencia que da poco a poco. Quiero, durante cien años, conservar el vigor del joven y poseer la sabiduría del anciano.

—Así sea, — contestó la Muerte. Volveré dentro de un siglo.

—Tenga la bondad de levantarse — dijo Roger, sonriendo burlonamente.

La Muerte no se lo hizo decir dos veces; toda avergonzada, se fué con su guadaña al hombro, seguida por un grupo de chicuelos que cantaban:

Adiós, querido Dumollet, buen viaje,
que vuelvas, sin naufragio, a Saint Maló.

El gran jugador de vilorta, como se le llamaba, inició una vida nueva. Gozó ante todo de una felicidad perfecta, fundada en la certidumbre de que duraría un siglo. Gracias a su experiencia, dirigió tan bien sus asuntos, que poco tiempo pudo vivir sin trabajar.

Sin embargo, tropezó con una contrariedad que no había previsto: su prodigiosa habilidad en la vilorta concluyó por asustar a los contrincantes y llegó un tiempo en que no pudo hallar quien quisiera jugar con él.

Entonces abandonó la comarca y recorrió los Flandes franceses, Bélgica y todas aquellas tierras que honran el noble juego de la vilorta. Al cabo de veinte años regresó a su aldea natal, donde se hizo admirar por una nueva generación de jugadores y al poco tiempo volvió a emprender viaje para regresar, como la vez anterior, veinte años después.

Esta existencia, a pesar de su aparente encanto, no tardó en cansarle. A parte de que le aburría jugar con la seguridad de que iba a ganar, llegó a fatigarle pasar, como el Judío Errante, por las generaciones y ver morir a los hijos, los nietos y los biznietos de sus amigos. Se veía obligado a formar sin cesar nuevas amistades que desataba la vejez o la muerte de sus semejantes. A su alrededor todo cambiaba, menos él.

Agréguese a esto que la experiencia le hizo tan sensato y juicioso que ya no gustaba de divertirse. Si se hallaba en la taberna y se le ocurría la idea de tender su delantal de cuero para pasar la noche jugando a las barajas, la experiencia le decía: "¿para qué semejante exceso? Ya que no puedes abreviar tus días, evita enfermarte".

Llegó al punto de rechazar el placer de beber su jarra de cerveza y fumar su pipa: ¿para qué sumirse en placeres que enervan el cuerpo y embotan el espíritu?

Por último, el pobre hombre llegó a renunciar a la vilorta. La experiencia lo convenció de que es un juego perjudicial, que excita demasiado y suele ocasionar resfríos, reumatismos, catarros y fluxiones de pecho.

Además ¿para qué sirve y qué gloria tiene, ser reputado el mejor jugador de vilorta? La gloria misma ¿para qué?...

Y cuando la experiencia le quitó todas sus ilusiones el pobre hombre se aburrió mortalmente. Reconoció entonces que se había equivocado y que el mejor encanto de la juventud es quizás su inexperiencia.

Así llegó al término fijado con la Muerte, y como no había logrado el paraíso en la Tierra, trató de aprovechar su sabiduría para conquistarlo en el cielo.

Cuando la Muerte vino a buscarlo, en Coq, lo halló trabajando en su taller. La experiencia le había enseñado que el trabajo es, después de todo, el placer más duradero.

—¿Estás listo?

—Sí.

Tomó su vilorto, se echó una veintena de bolas de madera en los bolsillos, cargó al hombro una bolsa cerrada, ajustóse las polainas, y sin quitarse el delantal, se dispuso a partir.

—¿Para qué llevas el vilorto?

—¡Vaya!: para jugar en el paraíso con San Antonio, mi patrono.

—¿Crees que voy a llevarte al paraíso?

—Supongo que sí, pues necesito entregar una media docena de almas que salvé de las garras de Belcebú.

—Hubiera sido mejor que salvaras la tuya... ¡En viaje, querido Dumollet!

Roger comprendió que la Muerte no le perdonaba haberse burlado de ella y que se disponía a llevarlo derechito a la región de las tinieblas.

Un cuarto de hora después los dos viajeros llamaban en la puerta del infierno.

—¿Quién es?

—El carretero de Coq.

—¡No abran! — gritó Belcebú — ese bandido gana siempre. Es capaz de dejarme el infierno sin almas.

Roger entretanto se sonreía.

—No estás salvado todavía — le dijo la Muerte — te llevaré a otra parte donde tampoco vas a tener frío.

Y en pocos minutos estuvieron a la entrada del purgatorio. La Muerte golpeó las manos.

—¿Quién es?

—El carretero de Coq.

—¡Está en pecado mortal! No puede entrar. ¡Lléveselo! — dijo el ángel portero.

—Sin embargo no iré arrastrándole entre el cielo y la tierra; — exclamó la Muerte — lo llevaré otra vez a su pueblo.

—¡Muchas gracias!. me tomarán por un fantasma. Dígame: ¿no queda el paraíso?

Y al paraíso se dirigieron.

—¿Quién es — preguntaron desde adentro cuando llamaron.

—El carretero de Coq.

—¡Ah, muchacho, cuánto siento! — dijo San Pedro entreabriendo la puerta. — Ya te dijo San Antonio que era mejor que pensaras en la salvación de tu alma.

—Es cierto, señor San Pedro, — repuso Roger con acento de arrepentido. — ¿Y cómo le va al bienaventurado San Antonio? ¿No podría entrar un segundo para devolverle la visita que me hizo con usted?

Precisamente, ahí viene, contestó San Pedro, abriendo del todo la puerta.

Roger aprovechó el momento: se precipitó en el paraíso, desabrochóse el delantal, lo dejó caer y se sentó encima.

—¡Buen día, señor San Antonio! — dijo con un saludo muy cortés. Ya ve que no me olvidé del paraíso, puesto que estamos en él.

—¿Cómo, estamos? ¿qué quiere decir eso?—preguntó San Pedro.

—Sí, yo y mi compañía — repuso Roger abriendo la bolsa y mostrando las almas de los seis jugadores de vilorta.

—¡Fuera de aquí! ¡Fuera todos!

—Es imposible, señor — dijo Roger, señalando el delantal.

—El pícaro se ha burlado de nosotros — dijo San Antonio. Vamos, Pedro, déjalo entrar con sus almas, en recuerdo de nuestro partido de vilorta. Además ya ha tenido su purgatorio en la Tierra...

—No es muy buen ejemplo... — murmuró San Pedro.

—¡Bah! — replicó Roger — ¿qué mal hay en que vivan en el paraíso algunos buenos jugadores de vilorta?

Y fué admitido.

Carlos **DEULIN**.

MANUEL MAYOL

Manolo Mayol, el notable dibujante que con su ingenio inagotable, su flexible talento y su innegable chispa cómica hizo reir y pensar con el trazo viril de su lápiz fecundo y envidiable, se va a España, a su Cádiz querido y alegre donde al abrir por primera vez sus ojos vió el sol brillante de Andalucía.

A pesar del tiempo transcurrido desde que en unión del inolvidable maestro Cao y bajo la dirección del artista-político Sojo dejara la huella de su arte en el famoso "Don Quijote" de larga historia, no se ha borrado aún el recuerdo de sus famosas caricaturas que han quedado y quedarán siempre como modelos de sátira y de factura. Aun palpita en el pensamiento de todos los que vivieron aquellos momentos angustiosos de históricas revueltas, las persecuciones, peligros y horas de ansiedad a que su arrojo lo llevó, y gracias a que el triunfo de los ideales que defendía se vieron coronados por el éxito, pudo librarse de las consecuencias funestas que aquella formidable campaña política le hubiera acarreado. Desde entonces la figura de Mayol alcanzó un relieve magnífico en el naciente arte de aquella época, y su nombre, juntamente con el de Sojo y el de Cao, sonaban en los oídos de todos los argentinos como cantos de primavera redentora. Posteriormente, en unión de Alvarez (Fray Mocho), Pellicer, Mitre y Cao, Mayol, con su arte soberano y la gracia incomparable de su lápiz, completaba con sus ocurrencias artísticas tan llenas de irónicas verdades, las de aquellos literatos que con sus esfuerzos trazaron el camino por donde hoy siguen las revistas modernas.



Manuel Mayol.



Juan Alonso.

Mayol se va, dejando su puesto para gozar de un bien ganado descanso; se va a remozar su espíritu alejando su pensamiento de las rudas tareas del periodismo, en cuyo escabroso y complicado mecanismo desarrolló todas sus actividades; pero puede retirarse orgulloso porque su obra queda inderrumbable, debido a que la edificara sobre cimientos hechos con pedazos de su gran corazón.

Desde Cádiz, desde ese bello rincón de Andalucía, cuando entre rojos claveles y bellas caras morunas mire al cielo, verá reflejado en el azul transparente del firmamento, no ya su alma llena de recuerdos, sino la de tantos amigos que aquí quedan y que siempre y con gran cariño lo nombrarán como camarada insustituíble.

Mayol se va, y para que su obra quede coronada con mimbo de oro, queda en su puesto un joven artista que entra en el mundo del arte como el pampero destruyendo árboles y derrumbando edificios viejos y carcomidos. Alonso, el notable y maravilloso artista, es el sucesor, y su puesto de capitán general se lo debe a él mismo por "hechos de guerra" ganados con su esfuerzo en el campo de batalla de la constancia. Hacer un elogio de este pintor y dibujante sería poco menos que ridículo, puesto que ahí lo tenemos lápiz en ristre resolviendo los más difíciles problemas de la técnica artística con una facilidad única. Alonso, que ha sabido destacarse de todos con una maravillosa originalidad y elegancia, es el designado por Mayol para substituirle en el difícil cargo que desempeñaba y que, seguramente, por sus envidiables condiciones, sabrá cumplir honrosamente dadas sus aptitudes organizadoras.

Despedimos a Mayol con el sincero aprecio que le tenemos, deseándole toda clase de felicidades, y vaya para Alonsito nuestra más cordial enhorabuena.

Pedro **DE ROJAS.**

DE LA ÚLTIMA CAMPAÑA ELECTORAL



El candidato a senador, doctor Lisandro de la Torre, acompañado por el doctor Ricardo Bello, presidente de la Junta de Gobierno del Partido Demócrata Progresista, del señor Rafael Carosella y de otros correligionarios de primera magnitud, momentos antes de dirigirse a la estación Retiro, con destino a Rosario.



El doctor Federico Pinedo (hijo) ×, uno de los candidatos a diputado sostenido por el Partido Socialista, y varios afiliados a esta agrupación política, frente al local de uno de los numerosos comités del partido sitos en la zona periférica.



El doctor Tamborini, presidente del Comité Radical de la Capital, rodeado de estoicos correligionarios políticos durante el desarrollo del acto electoral.



Los concejales socialistas señores Adolfo Dickman, Francisco Cúneo y González Iramain en unión de los candidatos señores Pinedo y Muzio, en el Comité Ejecutivo Nacional del Partido Socialista.



El señor Raúl Villanueva, presidente de la Liga Radical de Protesta, con un núcleo de sus adherentes, que el martes 25 del pasado visitó las redacciones de los periódicos opositores, expresándoles sus felicitaciones por los primeros cómputos que resultaron desfavorables para la Kausa.



Empleados del correo entregando en el palacio del Congreso las primeras urnas electorales llegadas al recinto de la cámara.



Un detalle de los palcos del teatro Victoria, en la noche del viernes 21 del mes ppdo., durante el gran mitin realizado en dicho coliseo por el Partido Socialista, acto con el cual quedó cerrada la campaña de propaganda electoral, llevada a cabo por la mencionada agrupación política.



Vista parcial de la enorme concurrencia que llenaba la sala.

EL TRABAJADOR DE SAMAY HUASI



Joaquín V. González, bajo una parra precoz plantada por él en su finca Samay Huasi, en Chilecito.

El rodar del tren nos despierta en pleno desierto riojano, en un amanecer nostálgico y— ¡oh sorpresa!— brumoso en aquella tierra siempre caliente e inundada de sol africano. El camino se acorta y las cumbres de las montañas comienzan a poetizar vagamente la inmensa soledad de los campos. Un perfume resinoso, como leve zahumerio, excita el olfato: es la jarilla silvestre, arbusto pequeño que aparte de su aroma tiene la particularidad de ser una brújula vegetal, pues orienta el anverso de sus hojas siempre al norte. El exceso de ese olor únese al paisaje hosco que ofrece a uno y otro lado de la vía férrea la tierra pedregosa, los ríos secos y las sendas blancas y polvorientas.

Los primeros habitantes que hallamos en Patquia y las casas y calles de ese pueblo son como una visión de tiempo lejano. Calma, modestia y paz en todos los seres y las cosas. Hombres tristes y adormilados cabalgando en resignados jumentos, pacíficos y suaves cual si sólo fueran una simple decoración de aquel suelo sediento y de aquellas montañas azules. Un tiempo después estamos en Chilecito y en Samay Huasi, la finca que posee allí Joaquín V. González, y a la que llegamos bajo la emoción y el silencio que nos produce el nevado e inaccesible Famatina y las sierras fronterizas, multicolores y misteriosos bajo las nubes.

—¡Samay Huasi!

El desierto y la flora espinosa se interrumpen de súbito cual el cambio de una decoración teatral. El oasis preséntase con sus verdores, sus perfumes, el cantar de los pájaros y el bullicio tesonero y fresco del agua de vertientes. Rosas, dalias, naranjos, avenidas artesonadas por dorados racimos de uva, castaños y olivos entonan un himno de gloria de la tierra. Samay Huasi, hospitalaria y cordial, es como un canto intercalado en la desolación del llano pedregoso y poblado de espinas.

Es allí donde el grande hombre pasa sus temporadas de reflexión, de clara espiritualidad y de reposo. Pero ese reposo y esa meditación no podrían entrar ni en la Tebaida de los anacoretas ni en los dominios de los fakires. Meditación y reposo son dinámicos porque el pensamiento elabora y construye obras cuya publicación serán acontecimientos y porque el reposo se disfruta en constante roce con la naturaleza, con la azada y los útiles de esforzado colono y de inteligente floricultor. La vida activa para el cerebro y para los músculos, para el espíritu del soñador y para la fuerza del hombre. Joaquín V. González es una personalidad cuyo fondo no han descubierto bien aún la pluralidad de las gentes. Hay en su ser toda la vasta de un fuerte conductor de elementos ideales, de un pensador en cuya alma tienen repercusión honda todos los sucesos que interesen o hieran al país y particularmente aquellos que se relacionan con su devenir espiritual. Al pie de sus montañas, cuando huye del tumulto metropolitano y se cobija bajo los árboles de Samay Huasi, para entregarse al cultivo de la tierra y a la producción literaria, presentásenos como un hombre dotado de cualidades de excepción. Con la salida del sol allá se va para sus huertas a labrar la tierra y a podar los árboles en compañía de sus labriegos montañeses, la azada al hombro, fuerte el brazo y el pensamiento puesto en las estrellas.

Así se le ve ágil y riente, despojado de las pasiones y de la lucha, cual un intérprete fiel y sereno de la naturaleza y de la vida.

Tal espíritu superior viene a ser como un anuncio de fecunda cosecha para el devenir. Tienen en él una expresión de hombre prócer, de vigor idealista, de hacheador de selvas impenetrables, de voluntad creadora y dignificante en nuestro medio, donde trepan y brillan politicastros adocenados y sensuales.

La pluma del estadista y la lira del poeta tienen allá la paz que se aviene con la tarea de forjar ideas. El laboratorio es maravilloso y está como encantado por la petrea solemnidad de las montañas y el perfume de los vastos rosales y la eterna polifonía de los pájaros. Allá trabaja con entusiasmo sin cuidarse del día que pasó, atenta la mirada bajo la calma de los astros en las noches diáfanas de su tierra, ebrio siempre el corazón para sentir el sonido, los colores y los sentimientos.

Samay Huasi fué el nombre que Joaquín V. González dió a aquella sonriente huerta de frutas y de flores. En quichúa quiere decir casa de reposo, y para que llenara su destino cumplidamente la ha embellecido con sus propias manos y ha hecho de ella una estación de nobles y poéticas evocaciones.

La decoración de Samay Huasi es agradable y peregrina. Su pórtico principal ábrese al final de una avenida de jacarandás importados y de ligeros aguaribaíes de la región. Una pirca alta bordea uno de los lados del camino al final del cual aparece la puerta incaica hecha con granito del cerro vecino y bajo cuyo capitel monolítico léese el nombre de la finca. En ambos costados dos obeliscos egipcios hacen a la joya incaica una guardia solemne. Con ello el viajero fatigado que se allega allí en pos de tregua para su cansancio, tiene una perspectiva de grave y simbólica significación. Antes del pórtico, en la falda de la montaña, hay sillares graníticos con sus mesas circulares talladas en forma rústica pero invitando a un alto reconfortante frente al desierto caliente.

En la confección de estos monumentos de piedra hale guiado al pastor de Samay Huasí una idea de evocación espiritual y de símbolo fehaciente de la eternidad de la belleza.

Por eso, en la misma montaña, ha hecho tallar la tribuna de Demóstenes, con sus gradas y la planicie donde el gran ateniense dijera sus filípicas y sus olimpiadas. Y causa profunda satisfacción el ver reproducida en una finca particular de las montañas riojanas la escena muda que sirviera para la elocuencia de un griego cuya vida existió hace más de dos mil años en un constante batallar por la victoria y la conservación del panhelenismo...

Conjuntamente con esta nota de conciencia estética, vese en una senda cercana, sirviendo de fondo a un rosal extenso como un buen paseo, dos ídolos incaicos, de piedra, hieráticos y simbólicos, como recuerdo vivo de la fastuosa vida imperial que duerme en el olvido.

Verán nuestros lectores por lo que dejamos escrito, que el trabajador de Samay Huasi ha hecho frente al desierto riojano una obra cuyo oriente reside sólo en el pensamiento de la belleza inmutable y eterna.

No son estas reliquias las únicas que embellecen la finca. Diríase que su dueño, inquieto y preocupado por otras expresiones de la cultura humana, ha querido edificar con piedras del solar ancestral otras obras de significado humanista y filosófico. Y por eso ha construído una pileta pompeyana bajo un techo de rosas y unos muros de extraordinarios crisantemos, en la cual, bajo el influjo de la luna y las voces misteriosas de las montañas, en la noche se viven instantes cuyo encanto llega a la delectación. Añádase a esto otras dos puertas monumentales: la de Monte Circe, símbolo de la resistencia etrusca contra el ataque de la Roma poderosa; y el pórtico de Micenas o de los leones, cuya existencia histórica se encuentra en la Ilíada.

La decoración, pues, es peregina y severamente fastuosa.

(Continúa en la página siguiente).



Pórtico principal de Samay Huasí.—Los obeliscos que hacen guardia a los costados son egipcios; la puerta y el capitel incaicos, todo hecho de piedras de las montañas riojanas.



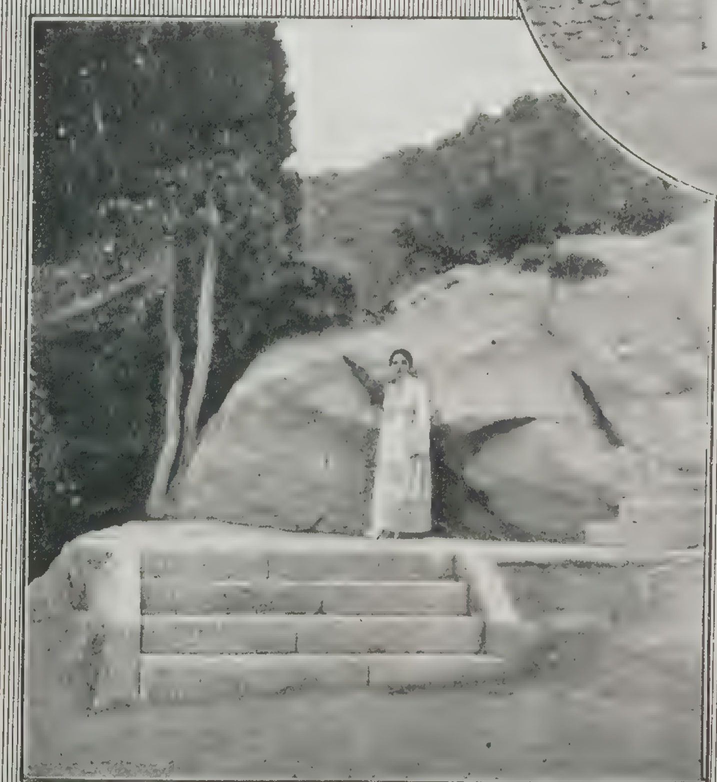
El fundador de la Universidad de La Plata, en indumentaria gaucha, con la que hace sus excursiones al Famatina.



Otra reproducción histórica: la puerta de Micenas.



La puerta etrusca del Monte Circe, otra de las joyas de piedra de Samay Huasi.



La tribuna de Demóstenes tallada en el mismo pie del Cerro de Samay Huasí.—En ella la espiritual señora Pastora González de Lascano.



En la piscina de Memphis. — En familia: J. V. González, doña Pastora G. de Lascano, Cecilia, Amalia y Estela González, María Esther, María Inés, María Pastora, José María, Antonio J. y Julio César Lascano.



González, agricultor, labrando la tierra en terrenos incultos de su finca.



Tiene en su morador un legítimo hijo del pensamiento y del arte, un ser que visto en todas las facetas de su exisencia, fecunda en acción y en obras edificantes, lo presentan como una de las energías más calificadas y robustas de la república. Por eso, Joaquín V. González, posee una jerarquía intelectual característica e inconfundible. El gobernante sesudo y previsor siempre, el legislador que ha ido hacia los más complicados problemas con paciente anhelo de investigación, el universitario conquistador de luz y el agudo constitucionalista, fúndense en el poeta agricultor, en el curioso ornitólogo y en el jinete criollo montañés dt Samay Huasi, en un interesante impulso de humanismo y de creación idealista, viviendo la vida y el aire a borbotones, con ansia y con fruición. He ahí la existencia en la que transcurren los días de Joaquín V. González, plácido ciudadano que deja el caballo criollo y las sonantes espuelas coloniales, después de haber corrido por valles y gargantas, para empuñar la pluma y la lira palpitantes y frescas como un buen amanecer.

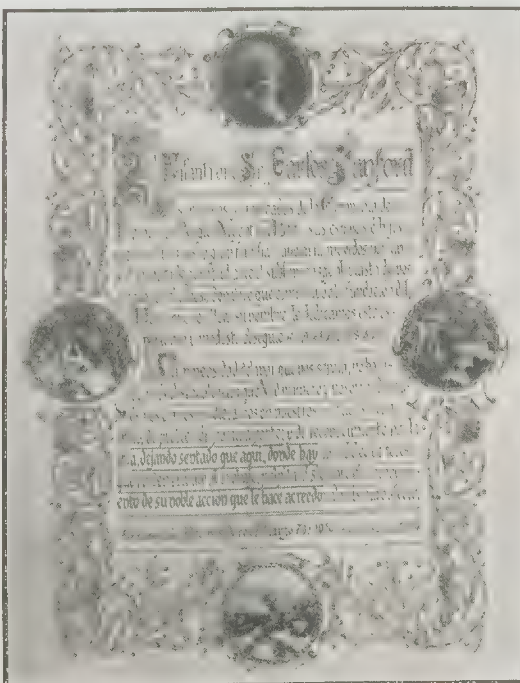
Acompáñanle en su retiro sus hijos y la familia del doctor don Antonio Lascano cuya esposa la muy noble señora doña Pastora González, sobrina de Joaquín V., presta a la paz hospitalaria de Samay Huasi el encanto respetuoso de su suave y efusiva espiritualidad, el frescor de su talento poético, la gracia natural y distinguida de todo su ser romántico y meditativo.

Allá los días y las noches transcurren en constantes coloquios idealistas. Música, versos, leyendas orientales e incaicas, comentarios a la piedra de las montañas y a las luces del crepúsculo y de la luna, forman el eterno pasatiempo y la eterna labor de Samay Huasi, florida y perfumada, mística, casi, con su dueño, como una Castalia nuestra situada en la entraña misma de la montaña azul y misteriosa.

Alberto TENA.

12 — III — 1919.

HOMENAJES



Primera página del álbum que los empleados de la Compañía de Tranvías Anglo-Argentina dedican al presidente del directorio de la misma, Mr. Carlos Sanford, como testimonio de agradecimiento por el importante donativo que este caballero destinara a la fundación del "Hogar Sanford".



Album con que el personal subalterno de la empresa de tranvías Anglo-Argentina obsequiara al gerente de la Compañía, ingeniero señor Pedriali, con motivo de la colocación de la piedra fundamental del "Pabellón Ingeniero Pedriali", ceremonia recientemente llevada a cabo.

BANQUETE A Mr. TITUS



Cabecera de la mesa en el banquete que en honor del señor D. A. H. Titus, gerente del National City Bank, se realizó el viernes 21 del pasado, en el Plaza Hotel. La demostración, organizada con motivo del viaje del obsequiado, fué ofrecida por el señor Wheatley; después hizo uso de la palabra, en nombre de la comisión local de la Cruz Roja de los Estados Unidos, el señor Welhener, a continuación hablaron los señores Whittemore, Backer, Harper, Love y Tribe, y, finalmente, el señor Titus, para agradecer el homenaje.

ACTUALIDAD EXTRANJERA



Una manifestación de espartaquistas en Berlín. El cartel dice: "Protestamos contra el baño de sangre en la calle Chausee".



LAWN TENNIS. — CLUB DISCOBOLO





En línea de batalla, junto a la red, en una de las canchas de Haedo.



Señorita Rula Devoto y señor Gerónimo Zuanich



Un buen contingente de hábiles jugadores; señoritas González Gibson y Zanit, y señores Saralegui, Etchepareborda, Bulló y Zuanich.



Breve intervalo.



Lejos del mundanal ruido, en pose para "Fray Mocho".

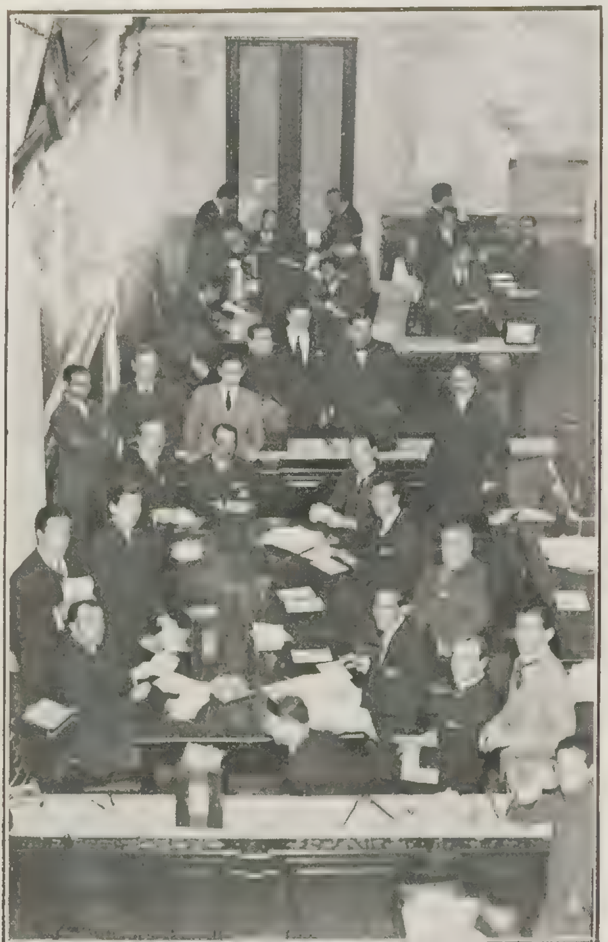
¡AY, AY, AY! — EN PLENA TAREA DESCUSPIDEADORA



El secretario general de la Junta Electoral Dr. Ricardo A. Paz, con los señores Juan Olivera y Alberto Laplane, director de personal y oficial 1.° de secretaría, momentos antes de iniciarse el sepelio de la Kausa, en el camposanto de la 3.ª del "dotor" Scarlatto.



La mesa escrutadora presidida por el camarista doctor José Matías Zapiola.



Vista general de las tres mesas escrutadoras, tomada por nuestro fot. el mismo día en que se hizo perdiz el tan cacareado — ¿qué tal, Gallo? — baluarte de Vélez Sarsfield.

FOOTBALL. — PARTIDO DE SELECCIÓN



Team azules, vencedor por 4 a 2 en el match jugado en Avellaneda: M. Croce, R. Cortella y R. Sande; E. Macchiavello, A. López y J. Bustince; M. Faivre, A. Blanco, A. Marcovecchio, N. Rofrano y F. Taggino.



Moreira, en acción.



A. Blanco secundando uno de los buenos avances de los azules



En las inmediaciones del arco de los rojos, Rofrano detenido muy a tiempo por Castagnola



Team rojo: S. Moreira; R. Castagnola y A. Reyes; S. Médici, J. Cumo y J. Celico; A. Martin, A. Zavaleta, A. Badalini, E. Hayes y J. M. Perinetti.



GANANCIAS Y PÉRDIDAS

Hospital militar

(Cuento suevo)

Eran apenas las tres cuando cargamos el arma antes de colocarla en batería. El capitán Feind había desenterrado su más solemne expresión, y fué a situarse delante del cañón con algunos papeles en la mano. Dose se adelantó y nos pusimos en línea; el capitán dió algunos pasos, luego refunfuñó:

—¡Firme!—y empezó a leer la fastidiosa circular del coronel.

Aquello fué un terrible golpe para toda la compañía: no había en ella una sola cara que no se hubiese alargado de un palmo, y un murmullo de asombro y de temor cundió en las filas.

El capitán Feind puso a un lado la circular, leyó en alta voz la lista de ascensos que también había tenido en la mano y dió a conocer los nombres de los hombres de la batería que habían sido promovidos a los grados de apuntador y cañonero.

Yo me encontré en este número, y el capitán no pudo por menos de hacerme notar que una vez más la protección se había adelantado a la justicia.

Entré en funciones desde aquella mañana, pues uno de nuestros oficiales subalternos se había enfermado, y se me designó para mandar en su lugar el ejercicio de fuego y presidir las maniobras en el campo; y no hay para qué decir que estaba lo más ufano con mi nuevo empleo.

Aunque fuera aquella una tarea bastante difícil para un bisoño, y aunque no conocía a ninguno de los hombres, y ni siquiera a los caballos de tiro, circunstancia que disminuye mucho las dificultades o que, por el contrario, las aumenta considerablemente, teníame sabido por lo menos que todos los artilleros me querían mucho y estaban dispuestos a hacer cuanto pudieran para secundarme.

Mi amigo Dose, de quien me ví obligado a separarme por aquel día, me dió algunas instrucciones elementales; en seguida montamos a caballo, y toda la batería se puso en marcha hacia el páramo.

Había ya allí un gran número de compañías, y cada vez que encontrábamos otra batería nos decíamos los unos a los otros en voz baja:

—¿Han oído hablar ustedes de nuestro viejo ogro?

—Sí, es algo terriblemente desagradable.

Poco a poco se vieron reunidas todas las baterías, y el viejo ogro apareció en el recodo de la selva, acompañado por su estado mayor. Venía pensativo, jinete en su caballo blanco, y contra su costumbre hablaba poco, charlando apenas en voz baja con los oficiales que lo rodeaban.

El mismo silencio reinaba aquella mañana en toda la brigada. Los cañoneros estaban de pie junto a sus cabalgaduras, recostados contra las piezas, mirando sin cambiarse una palabra, en dirección al coronel, que adelantaba hacia ellos a pasos lentos.

Este atravesó la primera batería, lanzó en torno de sí, como de hábito, una mirada satisfecha y saludó a los hombres. Todo estaba tranquilo, todos estábamos impresionados con la noticia de que el coronel había sido puesto en disponibilidad, y esto era bastante para que no hubiera mucho entusiasmo para contestarle.

Pero no bien llegó el coronel a la mitad de la brigada, adonde se hallaba plantada nuestra bandera más adelante del puesto de guardia, y apenas se quitó el sombrero como siempre lo hacía para saludarnos, cuando un viejo corneta que había acompañado al coronel en todas sus campañas, gritó:

—Vamos, camaradas, exclamemos a una. ¡Viva nuestro coronel!

Y esto bastó para hacer desbordar el sentimiento que embargaba todos los corazones, lo que dió por resultado un triple ¡viva! de la brigada.

Al principio de la maniobra todo anduvo para mí perfectamente, y salí muy bien del paso con el cañón a mi cargo; cada vez que iba a cometer un error, los conductores me gritaban:

—¡Cañonero, un poco más a la derecha! o ¡cañonero, un poco más a la izquierda!

Y como mi amigo Dose vino a encontrarse cerca de mí con su cañón, no se produjo ningún incidente que llamara la atención del capitán Feind, que lo observaba todo con ojo escrutador.

Como era aquel el último día de las grandes maniobras, había acudido una muchedumbre de curiosos, tanto de la ciudad como de los alrededores.

Debían de ser más o menos las once, cuando el coronel impartió la orden de hacer replegar las baterías, para que protegidas por una cortina de húsares y de hulanos pudiesen colocarse a la cabeza y llevar un vigoroso ataque sobre la caballería que nos desplegaba por delante.

Yo me hallaba en la extrema izquierda de la línea de batalla; mi corazón latía precipitadamente en espera de la orden, porque era la primera vez que veía en presencia del enemigo, y frente a frente.

Se dió la orden de:

—¡Ade... adelan...ante! ¡Batería... hop!—y nos lanzamos con toda la velocidad de que eran capaces nuestros caballos.

No tardamos en llegar al camino real, donde sin duda alguna íbamos a recibir la orden de ponernos en línea de batalla y hacer fuego; pero en frente de mí el camino hacía una curva, de manera que para mantener mi alineamiento tenía que franquear la zanja y colocarme justamente sobre la calzada.

Esta hallábase ocupada ya por un gran número de coches y jinetes de los que habían acudido a presenciar nuestro ataque. Y entre ellos percibí al conde R... y su amigo, que estaban de pie en el carruaje para ver mejor. Ellos también me vieron y me saludaron cariñosamente con la mano.

¿No es disculpable que en aquellas circunstancias volviera yo la mirada hacia la izquierda, cuando era absolutamente necesario que mirara hacia la derecha, a fin de conservar mi alineamiento sobre el ala izquierda?

Mi corcel tomó en aquel momento una postura muy elegante, y me ví colocado en una manera tan ventajosa y que realzaba tanto mi apostura, que en un abrir y cerrar de ojos me olvidé de todo, de la batería, del ataque, del comando, y no salí de mi distracción sino algunos segundos después, cuando los gritos de mis conductores me hicieron volver en mí, a fuerza de vociferar:

—¡Alto, alto!

Miré entonces en derredor, y ví con gran sorpresa que todos los demás oficiales subalternos se lanzaban sobre la pieza, que tenía que adelantar todavía algunos pasos, la detenían y desprendían su tren delantero.

Espoleé mi caballo en dirección a la derecha, atropellé a uno de mis conductores al abrirme paso para no llegar demasiado tarde, y tiré a la derecha. Desgraciadamente quise dar una vuelta muy rápidamente: mi caballo se encabritó, se paró de manos y se boleó tirándome al suelo: pretendo retener mi casco, que se me ha desprendido y está a punto de caer bajo de mí, me caigo sobre la huella del camino, y en el mismo instante las dos ruedas de la pieza me pasan sobre la mano derecha.

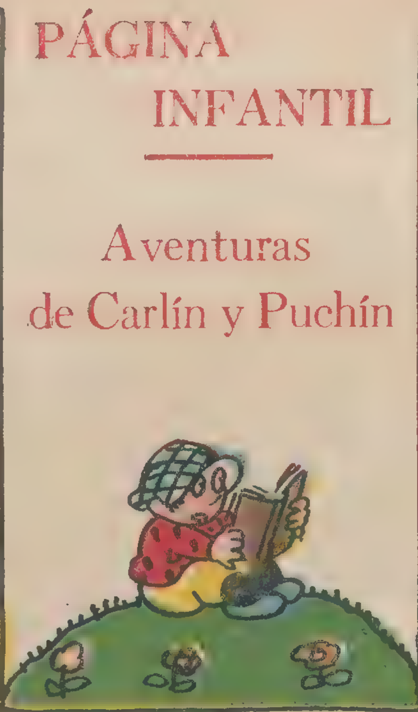
Fué tan agudo el dolor que sentí, que me levanté inmediatamente y me lancé

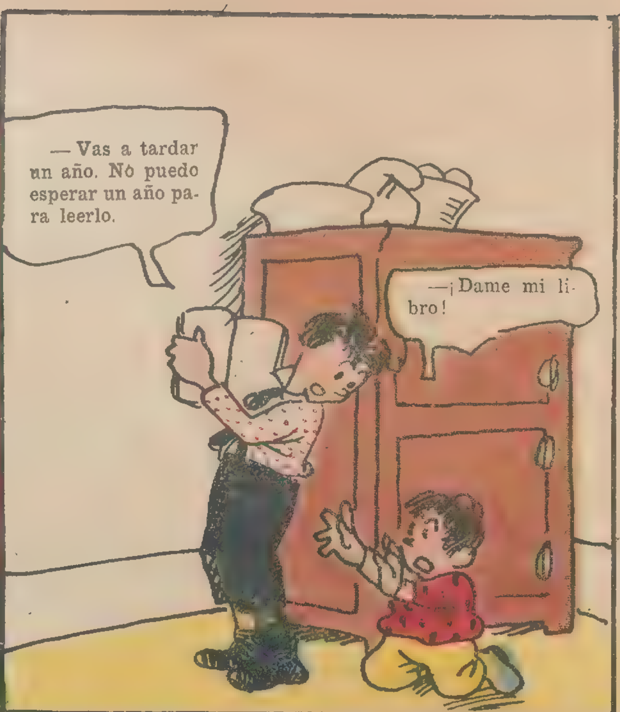
(Continúa después de la página infantil)

PÁGINA INFANTIL

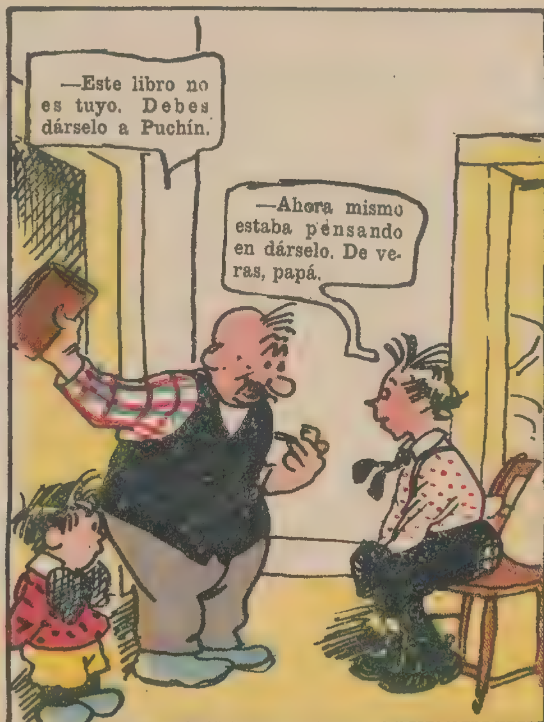
Aventuras de Carlín y Puchín







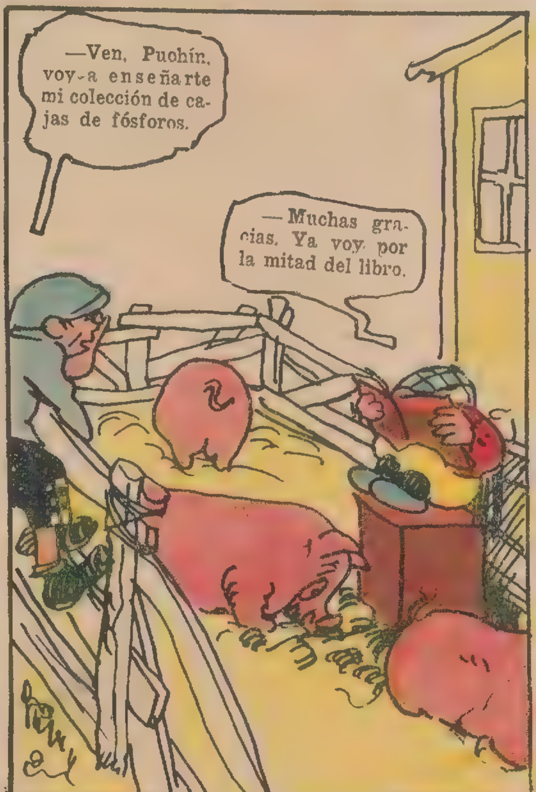












(Continuación de HOSPITAL MILITAR)

sobre la pieza; felizmente, mi conductor no se había dado cuenta de esta distracción ni de sus consecuencias.

Tiramos algunos disparos sobre la caballería enemiga, que había sido arrollada por la nuestra. En seguida se tocó llamada y concluyó la maniobra.

Entonces púseme a observar el estado de mi mano, que empezaba a dolerme mucho; traté de vendarla con mi pañuelo, pero el dolor que sentía era muy violento. En eso llegaron mis camaradas, Dose fué a buscar un cirujano, el cual después de haberme examinado la mano con toda atención, me dió una noticia de las más desagradables, a saber, que probablemente me había roto dos dedos y que tenía que trasladarme inmediatamente al hospital militar de W. El capitán Feind, que había sido uno de los primeros que habían oído hablar de mi accidente, se apresuró a venir, y me sorprendí mucho que no me dijera ninguna chocarrería ni me hiciese ningún reproche.

El coche que había sido la causa o la ocasión del acontecimiento siguió a la batería: el conde R... bajó de él y me preguntó con ansiedad qué era lo que me había pasado, y no bien supo que se me tenía que enviar al hospital de W... se ofreció a llevarme él mismo en su carruaje.

Subimos a él; el anciano se instaló en el pescante y guió la yunta, y gracias a los cuidados afectuosos con que me rodearon consiguieron hacerme olvidar al poco rato el lamentable estado en que me había puesto mi vanidosa distracción.

Héme ya en el hospital militar.

Esta clase de establecimientos tiene una gran analogía con las prisiones militares. Tanto en el hospital como en la cárcel, hállase uno separado del resto del mundo. A no estar en agonía, o encontrarse con buenos compañeros, como felizmente me pasó, se pasan horas mortalmente largas. Cada día que pasa se parece al anterior: ante todo es preciso aguardar que el médico mayor haya hecho su ronda por todas las salas, y eso no acaece sino dos veces por semana, cuando más. Por otra parte, una vez allí, se le somete a uno a mil fastidiosas prescripciones: así por ejemplo, hállanse numeradas las raciones y divididas en cantidades diferentes, según la enfermedad: y la cifra de la ración rara vez está en relación directa con el apetito del pobre paciente.

Los capitanes llenos de sentimientos filantrópicos, y los cuidadores se entienden perfectamente para determinar con una precisión matemática el número de la ración que conviene a cada recién llegado, de modo que se muera de hambre, porque según ellos, cuanto más débil está el estómago mejor efecto producen los remedios.

Con respecto a los que son levemente enfermos, se procede de otro modo: se les conserva en el cuartel, porque no se ha de permitir por fruslerías la entrada al hospital.

Al mismo tiempo que llegaba yo a la puerta del hospital llegaban también varios artilleros de las otras baterías: aquellos hombres tenían dolencias y enfermedades más o menos graves, algunas de las cuales consistían sencillamente en un ataque de pereza: tal era la única razón que los llevaba allí.

Corriéronse los cerrojos, y apenas di crédito a mis oídos cuando escuché una tos de mi relación que no pertenecía más que a un solo hombre del mundo. La puerta se fué abriendo lentamente; no me había equivocado: me hallaba en presencia de nuestro antiguo sargento inspector, a quien llamábamos el *Rey de las ratas*.

A pesar de los desagradables recuerdos que me despertaba su figura, contesté bastante alegremente sus interpelaciones, y cuando me dijo:

—¡Ah, ah! ¡nueva sociedad! ¡nueva sociedad!

Le contesté con amabilidad:

—Y bien, mi viejo inspector, ¿qué es lo que hace usted por aquí?

—¡Ah, ah!—respondióme riendo (esto bastaba para probar que estaba en uno de sus días buenos),—un mozalbete de C... un mozalbete! Vaya, me alegro mucho, pero muchísimo, muchísimo. Ya no soy inspector, soy un viejo sargento jubilado. Con motivo de mis largos y grandes servicios me han ascendido a guardián del hospital: ¡ah, ah, sí! guardián del hospital. ¡Entren, pues; entren, pues!

Seguimos al Rey de las ratas, que atravesó rápidamente el patio, mientras que su bonete de algodón blanco se meneaba sobre su cabeza, haciendo ir de derecha a izquierda el mechón de la borla. Así que llegamos a su cuarto tomó nuestras papeletas, nos inscribió en su registro, nos dió una contraseña para entrar en la sala que debíamos ocupar y el número de la cama que correspondía a cada cual. Hecho esto se nos puso por delante con su habitual vivacidad, y nos dijo:

—Siento mucho, lo siento mucho, pero el reglamento del hospital es muy severo: estoy obligado a registrar a todo el mundo. Si tienen ustedes algo que sea contra la ordenanza, harán mejor declarándolo francamente: ya saben ustedes que he sido en otro tiempo guardián de policía. Conmigo no hay vueltas, soy un zorro viejo.

Como me conocía desde hacía mucho tiempo, sabía, por consiguiente, que yo no tenía simpatía por las bebidas espirituosas; así que conmigo no tuvo trabajo, pero debió registrar después a un viejo artillero de tez curtida, que llevaba, a más de dos enormes mostachos negros, la medalla que se da después de dos licencias. Y en vista de ello, fué que el inspector se dedicó con mayor contracción a registrarlo, encontrando al fin lo que había esperado hallar, un litro de ron, que el pobre hombre había endilgado entre sus pantalones.

Cuando el viejo retiró la botella, brilláronle los ojos de júbilo y malicia; fué tan grande su alegría, que le vino un ataque de tos seca, que le costó bastante dominar, y desde que lo consiguió, empezó con una incomparable rapidez de lengua a hacer reproches y más reproches al viejo artillero por lo mal que se había conducido. Este, que en el primer momento se había intimidado ante la furia del hombrecillo, no tardó en comprender que todo era pura palabra, y soportó el chubasco con toda tranquilidad y le replicó que le parecía muy poco prudente recibir a un hombre enfermo con tan severas observaciones, por lo que le aconsejaba que cerrara el pico. Esto era mucho más de lo que hubiera podido sufrir el Rey de las ratas.

—¡Ah! ¿conque sí, eh?—exclamó airado,—¿conque así habla un artillero a un viejo sargento?... ¡Ahora vas a ver! ¡Espera, ya vas a ver!

—Un viejo sargento—dijo el artillero en tono de mofa,—un viejo sargento; bonita cosa, ¡como si un artillero que ha hecho dos campañas no valiera por una docena de inválidos! Lo que yo...

El viejo sargento no dijo: Lo que yo... y nadie sabe cómo hubiera podido terminar el asunto, si cabalmente en aquel instante no hubiera entrado alguien en la sala; este alguien había oído el comienzo de la discusión y había traspuesto el dintel de la puerta para escuchar el resto. Era el inspector del hospital, el verdadero. Vestía una levita en cuya solapa se veían las cintillas de varias condecoraciones; su barba tenía un corte perfectamente militar, y hubiera bastado ella sola para hacerlo reconocer por un hombre de la carrera, y además tenía en la cabeza el casco de diario de la infantería.

El señor inspector tenía la fisonomía más desagradable del mundo, por lo menos esa fué la impresión que me produjo en aquel momento.

No bien lo percibió el Rey de las ratas, le presentó sus quejas, remachándolas así:

—Ya ve usted, mi capitán, que es preciso que pida un castigo para este hombre, que se ha atrevido nada menos que a decirme a mí, viejo sargento retirado, que cierre el pico!

El inspector se volvió hacia nosotros y nos miró de arriba abajo con un aire que no parecía nada halagüeño, y luego dijo, encarándose al artillero:

—¡Ya sabe usted! que aquí, como en las filas, no se admite discusión alguna. ¡Es curioso! ¡estas cosas no pasan sino cuando llegan artilleros!

Era demasiado; no pude contenerme y le observé al señor inspector que la artillería no estaba dispuesta de ningún modo a dejarse tomar el pelo, ni aun en el hospital.

No bien pronuncié estas palabras, el señor capitán inspector dió algunos pasos por la pieza y vino a colocarse bien enfrente de mí; observóme atentamente de pies a cabeza, mientras que se le manchaba de rojo el cutis a impulso de la ira. Después de este examen, me preguntó por mi nombre. Díjeselo en seguida, lo mismo que mi apellido y el número de mi batería; en una palabra, le hice un resumen de mi vida entera, terminándolo con estas palabras:

—Y ahora, señor capitán o señor ins-

pector, ahora que sabe usted con quien trata, espero que no me tendrá detenido por más tiempo en un cuarto de portero, y que me permitirá trasladarme a la sala que me ha sido designada.

—Si—dijo el subteniente que me había acompañado,—me parece que he hecho todo lo que estaba en mi mano para entregar este artillero a quien corresponde, y me pregunto a qué conduciría el preguntar más, si no a perder el tiempo.

Era esto también un atrevimiento demasiado fuerte para la paciencia del capitán.

—Seeñoor! — dijo al subteniente con acento irritado,—¿no sabe usted que aquí mi mo se le puede poner a usted en arresto? ¿Cómo se llama usted?

El subteniente dió su nombre, y el viejo artillero, hecho una risa, aprovechó la ocasión para dar también el suyo en un ímpetu de celo; tras de esto el señor inspector, después de habernos mirado nuevamente de pies a cabeza, permaneció unos segundos mascullando entre dientes algunas palabras inintelegibles. Mi subteniente me estrechó la mano y salió del hospital.

El viejo artillero fué enviado a la parte del edificio que se designaba con el nombre tradicional de "sala de los caballeros". El Rey de las ratas llamó entretanto a otro cuarto a un hombre que se paseaba en el patio y que parecía hacer todo lo posible por poseer la fisonomía más antipática y repugnante del mundo. Estaba vestido con un largo casacón sucio, sobre el que iba prendido un delantal que hubiera debido ser blanco, lo mismo que sus medias y sus pantuflas, estas últimas, especialmente, habían pasado ya del estado de pantuflas al de chancletas. Llevaba en la cabeza un gorro de noche que había colocado al través, según la moda adoptada por la gente de servicio. En suma, se parecía a todo lo que se quiera imaginar, excepto a un enfermero.

—¡Ah, ah! he aquí el joven del número 20—dijo el Rey de las ratas,—sala de convalecientes.

El individuo me miró de soslayo y a ojo bizco, y con las manos puestas detrás echó a andar delante de mí, arrastrando los pies; subió una escalera hasta que llegó al número 20.

—¿Cuántas personas hay en la sala? —le pregunté.

Y por toda respuesta se dió vuelta y miróme de hito en hito sin proferir palabra.

—¡Bueno, sea!—dije para mis adentros.

La puerta estaba abierta y entré. Bastóme una sola ojeada para darme cuenta del número de ocupantes. Había en la sala veinte camas y sólo dos de ellas estaban vacías.

—Su cama de usted—díjome, indicándome una de estas últimas; tras de lo cual se dirigió a la puerta pasando por entre las hileras. Y aunque se veía asaltado a preguntas a cada instante por todos los individuos que allí estaban, no contestaba nunca de otro modo que guiñando el ojo o encogiéndose de hombros para expresar su desdén.

—¡Eh, Mateo!—gritóle uno de aquellos hombres,—¿qué hay de comer hoy?

Otro inquirió:

—¿Qué, acaso el pan de a cuatro céntimos ha subido hoy a cinco?

—Mateo—rugió una voz de bajo,—tengo muchas ganas de empinar una copa de ron. Es preciso que me la traigas, Mateo.

—¡Ah, ah!—exclamó otro riendo falsamente para imitar al Rey de las ratas, —una botella de ron... eso es contrario al reglamento del hospital... se lo notificaré al inspector... ah, ah!

—Ven acá, Mateo—dijo otro con un tono de apariencia serio;—oye: te doy mi bono de víveres por tu comida particular; pues como el doctor me ha prohibido todos los excitantes, podré tener de ese modo frituras y pastelillos.

El enfermero seguía impertérrito sin contestar a ninguna de estas chanzas; continuaba su camino encogiéndose de hombros, no sin lanzar de cuando en cuando una mirada furiosa a este o aquel, o sacando una que otra vez la lengua al orador al pasar por detrás de él. Por último, se puso a silbar un aire que le era propio y que lo daba a conocer desde lejos. Y salió de la sala aturdido por estruendosas carcajadas.

—¡Qué farsante!—dijo el hombre de la voz de bajo.

Otro agregó:

—Estoy seguro que desde que han encargado a su mujer de la confección del rancho, se entiende con el Rey de las ratas para roernos nuestra pitanza; suerte que pagando se puede obtener de él lo que se quiera.

—Si—observó un tercero,—¡pero hay que pagar!



Un cliente importante.

Heme, pues, en el hospital, en el número 20, en la sala de los convalecientes, donde he visto que en resumen no había casi enfermos, pues todos sus habitadores estaban sanos, con excepción de dos o tres que guardaban cama y permanecían silenciosos y tranquilos.

La mayor parte de los restantes se paseaban indolentemente y se sentaban a charlar y reír formando grupos de a cinco o seis. Hay un uniforme especial para los soldados que van al hospital, y consiste en unos anchos pantalones grises, un largo casacón, medias de lana blanca y pantuflas; y como este uniforme era igual para todos, resultaba que en el hospital terminaba la distinción de grados y así sargentos, subtenientes y soldados rasos colocábanse unos junto a otros sin mayores miramientos, riendo y conversando en amistosa fusión, y discutiendo francamente también cada vez que se presentaba la ocasión.

Yo me encontraba al fin de la sala, solo y sentado sobre mi lecho; la mano me dolía mucho. Un momento después apareció el enfermero y me trajo el uniforme que acabo de describir. Su entrada provocó un concierto de burlas, más o menos por el estilo de las que produjo su primera aparición, y las soportó con el desdeñoso silencio que le era habitual; una vez, solamente cuando le gritaron: ¡Abajo el espía!, extendió Mateo el puño en actitud amenazante hacia la cama de donde había salido el grito. Pero el hombre que la ocupaba le previno que si volvía otra vez a permitirse enseñar el puño se le quebrarían dos o tres frascos de pociones en la cabeza, por más enfermero que fuera.

Mi nuevo traje estaba delante de mí, y púseme a hacer desesperados esfuerzos para vestírmelo, porque el estado de mi mano no me permitía hacer los movimientos necesarios para ello. Algunos de mis vecinos veían la inutilidad de mis tentativas, pero eran demasiado descomedidos para ofrecerme ayuda. De pronto retumbó la voz de bajo que ya había oído, y esta vez tenía un no sé qué de imperioso, y dijo en tono de mando:

—¡A ver, pues, si me ayudan a ese subteniente para que se ponga sus ropas! Bien ven ustedes que no puede hacer uso de su mano; ¡a ver, pues! ¡pronto!

Yo ignoraba, naturalmente, a quién pertenecía aquella voz de bajo, pero es indiscutible que su dueño era persona de importancia, porque no bien calló cuando varios hombres se me acercaron y me ayudaron a quitarme las botas y la ropa.

La operación asimismo no fué muy fácil cuando se trató de hacer entrar mi mano en la bocamanga del largo casacón, y como mi brazo estaba hinchado se hizo imposible volverlo a sacar.

—Vamos a buscar al médico—dijo uno de los hombres que me ayudaban.

—Eso es, vayan ustedes a buscar al matasanos, es preciso que sirva para algo.

Un hombre salió y no tardó en volver con esta respuesta:

—El doctor ha salido, y el Rey de las ratas dice que, como ya es más de las ocho, será preciso aguardar hasta las cuatro, hora en que tendrá lugar la segunda visita.

Obligado a contentarme con esta respuesta, me tendí sobre mi lecho, porque me sentía bastante fatigado: traté de dormir, pero no pude conseguirlo a causa de lo agudo del dolor que me aquejaba.

Por fin dieron las cuatro; y no bien sonó la última campanada, retumbó otra vez la voz de bajo diciendo:

—Que nadie se mueva, que nadie hable palabra antes de que yo empiece. ¡Duerman todos!

A esta orden todos los hombres se metieron en sus camas y reinó en la sala el más completo silencio.

A eso de las cuatro y cuarto oímos pasos en la escalera, y el médico de servicio, un joven delgado y pálido, entró; parecía estar muy al corriente de lo que pasaba de ordinario en la sala de convalecientes, y conocerla perfectamente; sin embargo, no penetró en ella sin precedido por Mateo y acompañado de dos practicantes de cirugía, los dos muy jóvenes aún, tanto que venían dándose codazos y diciéndose tonterías.

Los tres personajes se acercaron a mi cama. Me incorporé en ella, y como el doctor no me había puesto cabalmente de muy buen humor, contesté de un modo bastante grosero a la pregunta que me hizo el cirujano; por otra parte, la tal pregunta no fué hecha de un modo irreprochable; me preguntó:

—¡Hombre! ¿nó sabe usted que se debe ser soldado siempre hasta cuando se está postrado?

A lo que repuse:

—Si hubieran cumplido con su deber, informándose a tiempo de mi estado, no me hubiera visto obligado a dejar que la manga me estrangulara el brazo!

Esta contestación causó en la sala un escándalo tan considerable, que apenas podía oirse lo que se decía; el doctor, que pretendía aparentar que no había comprendido mis palabras, dirigía una pequeña alocución a los que estiraban el pescuezo para observar y escuchar, diciéndoles:

—Si continúan ustedes haciendo ese barullo y provocando el desorden, les prevengo que me será imposible darme cuenta de lo que le ha sucedido a este camarada.

Inmediatamente después de oír estas palabras, el hombre de la voz de bajo se puso a roncar sonoramente, y como si eso hubiera sido una señal ya convenida, imitáronle en seguida todos los demás.

Después que el médico me hubo tanteado el brazo por un rato, me pareció mucho más simpático de lo que me había parecido en el primer momento, y después de su entrada en materia, díjome:

—Siento mucho, muchísimo, que se haya visto usted obligado a aguardarme por tanto tiempo; pero se me había dicho que no tenía usted más que un rasguño insignificante en la mano, y por cierto no es nada; vamos a descoserle la manga con cuidado y ya verá usted.

Después de efectuada dicha operación, me examinó los dedos a sus anchas y resultó que tenía dos lastimosamente machucados; me los envolvió en algodón, luego en vendas y en seguida colocó mi antebrazo en un aparato de hierro forjado que tenía mucho parecido con un canalón de alero. Y puso el total en un pañuelo de seda negra, cuyas dos puntas fueron amarradas alrededor de mi pescuezo: todo ello me sentaba a las mil maravillas y me daba un legítimo aspecto de joven inválido.

Y de yapa, el excelente doctor tuvo a bien suscribirme a media ración, favor inapreciable que únicamente comprenderán los que hayan pasado por un hospital militar.

Al cabo de quince días estaba mucho mejor; al mes, completamente sano. Y ahora... ¡sólo me resta meditar sobre las causas y resultado de mi imprudencia!

Federico G. HACKLAENDER.

Los amores de un tenor

Entre las diversas anécdotas contadas por Madame Judith Gautier en su biografía del famoso tenor Mario, hay algunas concernientes a sus numerosos amoríos. Mario fascinaba a las mujeres no sólo por su excelente canto, sino también por su buena figura, y era cosa corriente que al acabarse la función cayese a los pies del tenor un verdadero chaparrón de flores y cajas de cigarros arrojadas por sus admiradoras.

Entre éstas había una inglesa que estaba loca de amor por él, pero Mario, lejos de corresponderla, la aborrecía con sus cinco sentidos. Durante varios años la dama enamorada acudía a todas las funciones en que cantaba Mario hasta que éste se hartó y dijo al empresario que no volvería a salir a escena si no desaparecía aquella mujer de la localidad que ocupaba diariamente. Con la mayor diplomacia posible, el director convenció a la espectadora para que no volviera a ocupar las butacas, pero aquella misma noche, a mitad de la función, cayó un diluvio de rosas sobre la cabeza del tenor. La señora se había refugiado en un palco.

Una contrata para cantar en América pareció ofrecer a Mario ocasión de deshacerse para siempre de su dulce perseguidora. Ya en alta mar empezó a ponerse malo el tiempo y los pasajeros fueron retirándose a sus camarotes hasta dejar solo a Mario en el puente. Un balance del barco le hizo caer sobre un montón de velas y en el mismo instante sintió un gemido. Era la inglesa que se ocultaba entre las lonas, mareada, pero feliz.

Mario estaba muy orgulloso con sus amoríos, pero le enorgullecía más su barba. Hallándose en Rusia, donde había llegado a ser el niño mimado de la corte, el emperador Nicolás le mandó cantar una ópera cuyo protagonista debía aparecer en escena afeitado. Mario se negó a obedecer.

—Estoy dispuesto—dijo—a dar mi vida por vuestra majestad, pero mi barba ¡jamás!

—O cantas o te vas—insistió el zar que no estaba acostumbrado a que le llevasen la contraria.

Mario no replicó, pero inmediatamente rescindió sus contratos, hizo el equipaje y salió de Rusia.

Rebaños nadadores

La isla de Bernera, correspondiente a las Hébridas del Noroeste no produce en el verano suficiente pasto para los ganados que viven en ella, y por consecuencia a primeros de Julio de cada año se los traslada a los montes de otra isla próxima, durante un par de meses.

Para ello tienen que pasar a nado un canal de media milla de ancho.

Un día determinado por los pastores, se reunen en la orilla del mar los rebaños, los cuales suman 700 cabezas, se atan dos o tres a un bote y cuando las demás los ven alejarse por el agua se echan a nado y los siguen.

Cuando llega la época de volver a la isla ocurre muchas veces que los animales viejos, se separan del rebaño durante la noche, recorren unos quince kilómetros que los separan del mar y vuelven a nado a la isla, espontáneamente.

LA PATRIA

(Al caricaturista
Don Pedro de Rojas).

I

Picado por la viruela, tuerto, nervioso en sus movimientos y con una boca desdentada por la que no salían más que órdenes dadas con voz ronca e imperiosa a sus empleados, era don Pablo Argüello, argentino sesentón y propietario de un importante registro de la calle Rivadavia.

Don Pablo no era hombre de chacota. Nadie conocía su sonrisa. Y no se diga que no era justo y honrado a carta cabal; y respecto a cumplidor de sus obligaciones comerciales, buen nombre tenía en plaza.

Por el semblante de sus subordinados, se notaba que eran satisfechos con puntualidad sus haberes; pero parecían autómatas. En el negocio no se escuchaba más que el ir y venir de ellos, los martillazos dados en los cajones que se desclavaban, el boleo de las piezas de casimires que se acomodaban en las estanterías superiores o que iba eligiendo la clientela, siempre numerosa, sobre el largo y lustroso mostrador de cedro.

De vez en cuando, una voz de trueno se dejaba sentir de un extremo al otro del salón: era la imperiosa del registrero.

A las once, don Pablo con la galera encajada hasta las orejas, se retiraba a almorzar. El personal lo imitaba diseminándose por las modestas fondas de las adyacencias. El sereno del establecimiento, bajaba entonces la cortina metálica.

Al cabo de dos horas cortas, un poco antes de la una de la tarde, ya todo el personal ocupaba su puesto, donde permanecía hasta las ocho de la noche. Don Pablo, casi siempre el primero en llegar, hacía la digestión recorriendo el salón a largos trancos, fumando un cigarrillo, con las manos metidas en los bolsillos del pantalón y la cabeza baja.

II

Jaime de Lagardere era el único de los quince empleados del señor Argüello que no era ni argentino ni español; pertenecía a la colonia francesa.

Lagardere estaba siempre ensimismado. Una preocupación fija lo dominaba: la guerra europea, esa colosal lucha en que millones de hombres bregaban por sus respectivos ideales, la democracia o la autocracia.

Una de esas mañanas, un cliente dijo a un empleado:

—El Marne será la tumba del ejército francés.

¡Y él había escuchado en silencio aquella frase, él, francés! Un nudo le había apretado la garganta y una angustia se le había posado en el pecho, oprimiéndole el corazón.

Desde esa vez, pasaron días, días amargos para él, en los que no se animaba a mirar de frente a sus compañeros. ¡Tenía vergüenza! Es que allá, en las trincheras, sus compatriotas caían como héroes a la sombra del pabellón de la patria, mientras él, acá, tranquilamente detrás de un mostrador vendiendo géneros... ¡Oh, vergüenza! Sentía más que nunca la nostalgia del terruño, y no podía resistir más a la sangre francesa que lo ahogaba corriendo como un río...

III

Una tarde en que don Pablo se había retirado temprano, antes de hora, los empleados comentaban la célebre carga a la bayoneta dada por los compatriotas de Lagardere en el Marne, y lo felicitaron.

—Y—dijo el más joven—cuando leí hace un rato en "La Prensa" el relato de ese encuentro feroz al arma blanca, me corrió un frío por la espalda...

Los ojos le brillaban, y transfigurado por la emoción, exclamó:

—¡Qué hermosa debe ser una carga a la bayoneta!

Otro empleado, viejo ya, hijo de las pampas, como añorando a los lanceros legendarios, con ojos fijos en el vacío, repitió en voz baja:

—¡Qué hermosa debe ser!

Y aprovechando la ausencia de don Pablo, un solo grito resonó en el amplio salón del registro, dado por aquellos pechos electrizados de argentinos y españoles:

—¡Viva Francia!

Y, mientras tanto, Lagardere, con la frente apoyada en ambas manos, dejaba caer sus lágrimas sobre un gran libro comercial.

IV

Lagardere seguía cada vez más sombrío. Cuando penetraba en el despacho de don Pablo, lo hacía como si hubiese cometido un delito, le parecía que su presencia profanaba aquel lugar. Sobre la mesa del escritorio, un busto del general de los Andes, don José de San Martín; en las paredes, los retratos de Rivadavia, Belgrano, Las Heras y Lavalle, parecía que lo marcaban en la frente con el estigma de los malos patriotas... Y la mirada de don Pablo, le parecía cada vez más severa.

Cuando estaba con sus compañeros, creía descubrir la sarcástica ironía.

Ya no podía resistir, la sangre de sus hermanos, derramada a torrentes en las trincheras y en los sublimes asaltos, lo ahogaba más y más.

V

Llegó un 25 de mayo. El ejército francés había caminado esos días sobre hojas de laureles, pero el combate seguía rudo, feroz... Un duelo a muerte entre la libertad de la humanidad y el despotismo, un duelo ciclópeo, que cantará la lira del poeta por los siglos de los siglos, tenía lugar en Verdun...

Cada día los diarios relataban una epopeya que quedaría como lección heroica en la historia de los tiempos.

Aquella mañana de 25 de mayo, los empleados del registro rodeaban a don Pablo, que estrenando un traje de jaquet negro, había ayudado al sereno, personalmente, a colocar en el frente del edificio dos grandes banderas argentinas.

—Este es el día de la patria—dijo don Pablo—y para que se diviertan, aquí tienen...

Y fué haciendo entrega—como lo hacía desde hacía años, todos los 25 de mayo—de un sobre a cada uno de sus empleados.

Cuando le llegó el turno a Lagardere, éste tenía la cabeza agachada.

—Tome—dijo don Pablo.

El empleado estiró la mano que tembló al tocar el sobre, y mirando al registrero:

—Este será el último año, don Pablo... me voy a las trincheras—le dijo.

—¿Se va usted?...

Lagardere hizo un signo afirmativo.

Hubo una pausa. Los acordes marciales de los batallones que desde sus cuarteles acudían a la parada y el estruendo de las bombas, llegaba desde la calle hasta ellos.

El hombre hosco, el hombre que jamás se sonrió, ese hombre de exterior huraño, pero de grande alma patriota, sacándose el sombrero, le apretó la mano, fuertemente, mirándole a los ojos, mudo, sin decir una palabra.

Y en ese momento, en que los corazones se estrujaban de emoción, otro grito resonó en el amplio salón del registrero, sin respetar la presencia de don Pablo que emocionado se dirigió a su gabinete:

—¡Viva la patria argentina!

Era Jaime de Lagardere el que lo daba.

Heracio UZAL DEHEZA.

QUIEN ROMPE, PAGA



—¡Ay, señora!: casi me he roto el pescuezo.
—No olvide, María, que le descontaré de su sueldo todo lo que rompa.

FRAY MOCHO

SE PUBLICA LOS MARTES

Oficina: P. COLÓN, 1266
BUENOS AIRES

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Capital	En el exterior	En el Interior
Trimestre . . $ 2.50	Trimestre $ oro 2.00	Trimestre. . $ 3.00
Semestre. 5.00		Semestre 6.00
Año. 9.00	Semestre. 4.00	Año. 11.00
N.º suelto. . 20 cts.		N.º suelto. . 25 cts.
N.º atrasado. 40 ..	Año. 8.00	N.º atrasado. 50 ..

Dirección y Administración: P. COLON, 1266.—U. T. 184. Avenida

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los repórters, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros, están provistos de una credencial de esta revista.

Instante

Cuando la rosa de tu boca se abre
y en mis labios su néctar deposita,
y embriaga mis sentidos y embelesa
cual licor oriental con su ambrosía;

y semejan más negras y brillantes
de tus rasgados ojos las pupilas—
brillantes como limbos de los cielos,
y negras y profundas como simas.—

Cuando todo el amor que la natura
en eclosión universal germina,
parece que en tu pecho germinase
con sus palpitaciones infinitas.

En ese instante de pasión intensa
que prodiga la mano la caricia,
que fulguran los ojos la mirada,
y el ósculo difunde su ambrosía:

yo quisiera que siempre se mirasen
nuestras dos existencias confundidas,
y como joyas que un engarce junta
se juntase tu alma con la mía.

¡Patria!

De la Troya gentil que presenta
como altiva y segura atalaya,
enhiesto el Cerrito, de gratos recuerdos:
numerosa y genial caravana
del forzado ostracismo regresa
a Atenas la hermosa, la ninfa del Plata,
a vivir la libérrima vida
que inicia en Caseros de Urquiza la espada.

De entre los que forman el movible grupo
de la caravana,
un joven nervioso que acusa impaciencia
destácase pronto y el paso adelanta,
y se postra en el suelo de hinojos,
cual se postra el creyente ante el ara,
y bajando hasta el polvo del suelo
la frente gallarda,
besa el polvo del suelo argentino
con un largo beso salido del alma!...
Es el inspirado cantor de los Trópicos,
el autor de Amalia.
Noble patria, permite que ahora
yo me postre también en tus aras,
y a tus pies deposite mi beso:
el beso de mi alma!

Félix de UGARTECHE.

El Hada

(Del libro de poesías "Lirios", recientemente publicado)

Allá en el Oriente de mágico ensueño,
compuestas regiones de luces y encanto,
chispean los ritmos y un sol halagüeño
deleita y difunde golcóndito manto;

y allá es donde nacen los santos amores,
y cisnes circundan los lagos de Celia,
la cuerda ilumina los brazos de flores
que cortan del tallo la roja camelia.

Allá la varita que da la hermosura,
virtud y talento, palacios, tesoro,
está en el estuche de nácar y albura
recamado y lleno de gemas y de oro;

y allá es donde asciende el hada cubierta
de triunfos y piedras que su pecho agita,
la vaga viajera que leve despierta
la cuna dorada de la princesita.

Eduardo ESCOBAR.

Díptico galante

CALIZ DE AMOR

En el vaso fragante de su manita leve
me dió a beber la clara linfa de la fontana;
y al llevar a mis labios el líquido de nieve
"¡Calma tu sed!"—me dijo,—"soy tu Samaritana".

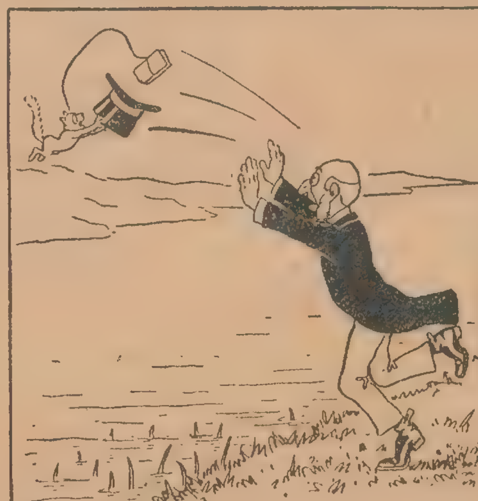
Yo, viajero extenuado, la divina ambrosía
apuré con delicia en el cuenco de rosa;
y me supo tan dulce, que cuanto más bebía
era mi sed de enfermo más grande y ardorosa.

¡Ay mujer compasiva! no brindéis al sediento
ese cáliz de aromas y virtudes sin cuento
que hace de puras mieles el néctar cristalino.

Mi sed de caminante bajo el sol del verano
sólo la calma el agua, pero no en vuestra mano:
que en vuestra mano el agua embriaga como el vino.









Sed compasivo con los animales.

OFRENDA

Aceptad esta rosa, señora, la primera
de la estación florida que ha abierto en mis rosales;
al troncharla me hirieron las espinas mortales
con que brinda a sus hijas la madre Primavera.

La sangre ha salpicado los pétalos de cera
cual lluvia de rubíes sobre armiños reales;
en su albura de nieve son las rojas señales
como huellas de un crimen que el Amor cometiera.

No rechacéis mi ofrenda por menguada, señora,
—vos que acaso sois otra blanca hija de Flora,—
y menos porque se halle de mi sangre teñida.

Aceptadla, que al cabo es del Amor torpeza
macular de las almas y rosas la pureza...
¡el amor, lo más alto y noble de la vida!

Juan GUARDIOLA.

Mis lebreles

Mis lebreles son membrudos,
aulladores, sanguinarios y coléricos.
Jamás duermen: incansables
van y vienen por su encierro,
los ijares siempre hundidos
y los ojos siempre torvos y sangrientos.
Su pelaje, que se eriza
si ventean una presa, es como el ébano,
y en el fondo de sus fauces encendidas
arden brasas del infierno.
Por debajo de sus labios replegados
se atarazan sus colmillos carniceros,
y sus húmedos hocicos
se dilatan humeantes y famélicos.
¡Cómo saltan, cómo aúllan
y retuércense, epilépticos,
agitando, vanamente, sus cadenas
en el antro temeroso, cuando llego!
Vibro el látigo, que silba,
e implacable los flagelo,
y ellos brincan, rugen, muerden
y encabrítanse, quiméricos,
con la llama de la lengua entre las fauces
y los ojos inflamados y siniestros;
y yo, impávido, sonrío,
y que soy el soberano entonces pienso,
y mi látigo silbante, como sierpe,
continúa retorciéndose en el viento,
hasta verlos humillados,
los hocicos jadeantes contra el suelo,
y las patas temblorosas,
y las colas extendidas bajo el pecho.
Mis lebreles no me aman,
y yo a ellos, los detesto;
y a pesar de nuestros odios, no los mato;
lo he intentado, mas... ¡no puedo!
Hombres fuertes, sonreíos,
porque voy a revelaros mi secreto:
¡Con pedazos de mi carne, palpitantes,
a esos canes monstruosos alimento!

Antonio REY SOTO.

Trenos

Hora tras hora, la vida se pasa.
Todo envejece y acaba de prisa:
en el hogar se consume la brasa
y entre los labios se apaga la risa.

¿Por qué vivir? Una inmensa congoja
es el resumen de cada existencia.
¿Por qué saber? Quien estudia se arroja
en el pozo de hiel de la ciencia.

¿Por qué buscar un placer que no existe
y fingir besos donde hay sólo muecas,
si los deseos expiran con triste
amarillear de hojas rotas y secas?

Bajo el naranjo de pálidas flores,
estre un aroma nupcial de azahares,
la primavera nos habla de amores;
pero el otoño nos dice pesares.

Todo es mentira. Una vil calavera
ríe debajo de cada beldad.
Cruza la dicha cual sombra embustera...
Unicamente el dolor es verdad.

Ciegos juguetes de un ciego destino,
polichinelas de espíritu inerte,
van los humanos siguiendo un camino
a cuyo fin los acecha la muerte.

La inexorable que a nadie perdona
y ha de envolvernos un día en su manto,
la reina cruel de la negra corona
entretejida de penas y llanto.

¡Morir!... ¡Dormir con un sueño infinito!
No vale nada luchar con empeño:
ha de acaecer lo que estaba ya escrito,
y todo fué, es y será sólo un sueño.

Germán GÓMEZ DE LA MATA.

Historia de la seda

Los mitos chinos hacen datar la industria de la seda desde el año 2640 antes de J. C., es decir, casi 3.200 años antes de que fuera comprendida en Europa. El emperador Huang-Ti enseñó a la emperatriz Si-Ling-Chi a practicar experimentos con los gusanos de seda que vivían en la morera, con el fin de probar si podían ser cultivados por el pueblo. Si bien este testimonio es sólo una leyenda, indica que la industria de la seda se conoce en la China desde tiempo inmemorable.

La industria se desarrolló naturalmente, dividiéndose en el cultivo de la morera, la producción de capullos y los procedimientos de aspar y tejer la seda.

La más breve descripción de las antiguas reglas chinas para la cría del gusano de seda pueden dar idea de la paciencia y prolijidad que la industria demandaba. Los chinos descubrieron que para aspar la seda era necesario hacerlo antes de que el capullo fuera atravesado por la crisálida, rompiendo de tal modo los hilos. Por consiguiente, sólo algunos de los mejores capullos se dedicaban a la cría.

Era, pues, muy importante la invención de un método para preservar los capullos a fin de aspar el hilo más tarde, ya que resultaba absolutamente imposible llevar a cabo el procedimiento lento de devanar la seda con la rapidez con que el gusano la hilaba, o antes de que los capullos quedaran malogrados cuando el bombix los atravesara.

El antiguo método chino de aspar requería una extrema paciencia y resultaba muy molesto. Cada capullo proporcionaba de 400 a 600 yardas de hilo, aparte del hilo grueso que había que desechar al comienzo y la parte del hilo, al término, demasiado fino para poder asparse.

El procedimiento de aspar, no sólo demandaba el mayor cuidado, sino que resultaba ineficaz. Trabajando de sol a sol, el antiguo obrero chino podía aspar solamente una a dos libras de hilo por semana.

El método primitivo de tejer fué casi tan imperfecto como el de hilar. El telar primitivo y la hila de mano que aparecen en los monumentos históricos egipcios datan del 3000 antes de J. C., tiempo en que se usaban para el lino, porque la seda era desconocida en el Egipto. A juzgar por diversos testimonios la seda que se tejía en la antigüedad rivalizaba con las flores de las praderas por la variedad de los dibujos y colores. Cuadros del siglo XVI muestran a los chinos empleando telares para el propósito.

Nunca llegaremos a saber probablemente en qué período de la historia se importaron sedas por primera vez en los países mediterráneos; pero es posible que lo fueran con anterioridad al año 400 antes de J. C. Durante nueve siglos después, la única industria de la seda en el mundo occidental consistió en deshilar y volver a tejer mercaderías extranjeras.

No había, desde luego, comercio directo entre el Mediterráneo y la China. Aun los romanos compraban sedas a los persas, quienes a su vez las obtenían en la India septentrional o algún otro punto adonde eran llevadas desde la China; y los chinos hicieron todo lo que podían para mantener secreto el arte de la producción de la seda.

El conocimiento de la industria, sin embargo, se difundía gradualmente. Por el año 289 de la era cristiana, llegó al Japón. Refiérese que cuatro niñas chinas enseñaron a los japoneses los secretos procedimientos de la industria de la seda.

Aun en el año 500, después de la caída de Roma, el método era desconocido en Constantinopla, como también en los dominios orientales del imperio romano. En 1146 de la era cristiana parece que aun la seda no se producía en Europa, salvo en el imperio griego y tal vez entre los sarracenos, en Sicilia y España meridional. La posterior introducción de la industria de la seda en el resto de Europa meridional se debió en gran parte a varias guerras.

En Francia, el gusano de seda fué conocido y experimentado antes de que la cría tuviera éxito. El tejido de la seda parece haber comenzado en Lyon y Tours poco después del año 1200. Sin embargo, aun no se producía seda en tal época.

En Inglaterra se fabricaba seda en 1251.

Muchas invenciones notables marcaron el término del siglo XVII, y el siglo siguiente señalóse por invenciones aún más importantes en el arte de los tejidos. Esas invenciones fueron el comienzo del sistema de fábrica y acompañaron la revolución que promovió en la industria la aplicación de la fuerza motriz mecánica.

En 1801, Joseph Marie Jacquard, de Lyon, Francia, exhibió en la Exposición Francesa su máquina para modelos de tejidos.

El primer esfuerzo que se hizo en América para iniciar la producción ocurrió cuando Jaime I trató de obligar a los cultivadores de Virginia a abandonar el cultivo del tabaco y plantar moreras y criar gusanos de seda para suministrar seda en rama a las fábricas inglesas. En 1623 decretóse que cada cultivador de Virginia que no cultivara a lo menos diez moreras por cada cien acres de su terreno, sería multado con diez libras esterlinas.

NO ERA LADRON

Testigo.—No, señor juez: yo no dije que mi vecino era ladrón, Dios me libre; tan sólo dije que es un especialista para encontrar cosas que nadie ha perdido.

GARANTÍA

—Abuelito, ¿tú no tienes dientes, no es cierto?

—No, hijito; desgraciadamente no me queda ninguno ya.

—¿Completamente ninguno?

—Sí, completamente; ¿pero por qué me lo preguntas?

—Es que tengo unas avellanas que quiero darte a guardar...



—¿Quién te ha puesto así el ojo?
—Una señora a quien confundí contigo.

DIBUJOS DE GIBSON. — UN ACCIDENTE



Ataque repentino al corazón.

Las fórmulas del saludo según las razas

La filosofía del saludo es un estudio que no carece de importancia; se ha dicho con razón que el carácter de los diversos pueblos se delata en sus fórmulas de saludo. Así en el Oriente esas fórmulas están inspiradas en una sencillez primitiva y responden casi todas a un sentimiento religioso, pues expresan en forma de plegaria breve el deseo de que la persona a quien se dirige goce de paz, que en esos países, a menudo devastados por la guerra, implica la mayor felicidad. Por eso entre los antiguos hebreos, especialmente en tiempos de Cristo, el saludo más común era: "la paz sea contigo". Los beduinos y árabes de nuestros días emplean aún la misma fórmula: "salam aleikum" (la paz en ti), a la que se contesta de la misma manera. Los turcos, más fatalistas, agregan al expresar ese deseo "si es la voluntad de Alá". Sus saludos parecen, sin embargo, fríos y pálidos comparados con el torrente de hiperbólicos cumplimientos de los persas. La fórmula "que jamás disminuya tu sombra" caracteriza la idea dominante del hombre en un país de sol y sombra intensos, de la misma manera que el saludo de los egipcios "¿cómo transpira usted?", "¿transpira abundantemente?", está inspirado por las condiciones climatéricas de una región donde una abundante transpiración es indispensable para la salud.

Los chinos saludan preguntando: "¿has comido tú arroz? ¿está bien tu estómago?"

Los antiguos griegos decían "sé alegre", frase que expresa el carácter jovial y placentero de ese pueblo glorioso. Los griegos modernos tienen una fórmula "Ti kamahis" (¿qué estás haciendo?) que, sin duda, ha sido tomada de los romanos. Los romanos primitivos decían al encontrarse "salve", que equivale a "salud", y al despedirse "vale", que podría traducirse por "ten cuidado de estar bien".

"Sanitá e guadagno" (salud y ganancia) era el saludo de los genoveses de la Edad Media. Los napolitanos conservan hasta hoy otra fórmula antigua: "crescete in sanitá" (prospera en salud), mientras los piamonteses dicen "soy su humilde servidor", fórmula muy usada en Austria, donde se dice "Gehorsamster Diener" (su más obediente servidor). La locución española "¿cómo va?" o "¿cómo le va?" es semejante a la francesa "comment allez-vous?" Los franceses emplean también el "comment vous portez-vous?", que quiere decir "¿cómo está usted de salud?"

Los alemanes dicen "wie gehts?" (¿cómo va?); en Suecia se emplea la fórmula universal "gud dag" (buen día) y también la de "Dios sea alabado"; los daneses dicen: "vive bien"; y los irlandeses "larga vida a su honor".

El saludo más común entre los eslavos es la palabra "nin" (paz). Un saludo moderno en toda Rusia es "Zdrastvooyte" (esté bien), pero los rusos emplean otros: "Rabe vash" (su esclavo), "Hlop vash" (su siervo). Entre los polacos se acostumbra decir "Padam do nog" (me postro a sus pies), especialmente para saludar a un noble; los campesinos suelen saludarse con las palabras "El Señor Dios sea alabado", a las que se contesta con "Por toda la eternidad, amén".

En otros tiempos, el saludo en las campañas argentinas antes de entrar a una casa era "Ave María Purísima", al que se respondía: "sin pecado concebida".

En casi todos los pueblos los saludos van acompañados de gesto. La costumbre de sacarse el sombrero como señal de respeto data de la Edad Media y es curioso pensar que fué impuesta por el temor del superior, pues el individuo que así saludaba se llevaba la mano derecha a la cabeza para demostrar que no tenía en ella arma escondida. Originariamente, pues, el gesto de sacarse el sombrero equivalía al de los prisioneros de guerra que levantan los brazos para entregarse.

El apretón de manos es también muy antiguo: simboliza un pacto de amistad. No debería, por consiguiente, ser prodigado como lo hacemos ahora, sino cuando tengamos para la persona a quien estrechamos la mano los más sinceros sentimientos amistosos. Como no es muy higiénico, se ha propuesto la idea de sustituirlo, por otra forma de saludo, por ejemplo, el militar.

El árabe, aunque altivo de carácter, suele saludar tocando al suelo con la mano derecha y llevándosela a los labios. En Dahomey y en Siam los súbditos se arrastran en la presencia del rey; y aun hoy, en algunas partes remotas de Siberia, el campesino, delante de un noble, se arrodilla y besa el suelo.

Una curiosa forma de saludo muy extendida en diversos pueblos semicivilizados, pues se la halla entre los polinesios, malayos, burmesios, chinos, mongoles y esquimales, consiste en que dos conocidos que se encuentran se acercan las caras y se huelen.

Los indígenas de las islas Fidji se hacen cosquillas en la nariz con una pluma roja que llevan para ese efecto. Los habitantes de la Gran Cíclade, en el Mar Egeo, derraman un poco de agua en la cabeza de la persona a quien saludan. Los japoneses se quitan sus sandalias de madera, y los chinos con las propias manos juntas inclinan la cabeza y saludan a uno diciéndole "Tsin-tsin".

Agricultura y ganadería

CÓMO SE CONOCE QUE UN NOVILLO ESTÁ GORDO

El valor de un novillo de carnicería depende no sólo de su peso, sino de su estado de gordura. Por una larga práctica se puede llegar a conocer por la vista y el tacto el peso de un animal, pero el peso no sólo no da a conocer el valor del animal, hay que establecer el estado de gordura que ha alcanzado, por esto, creemos conveniente hacer mención de ciertas condiciones del novillo gordo para el mercado, las que sin duda alguna serán muy útiles a nuestros criadores que no conocen bien estas cualidades especiales.

Los novillos flacos tienen carne firme. Cuando se hace presión con los dedos contra el dorso y las costillas, la carne es dura, compacta y cede poco. En el novillo gordo, hecha la presión en los mismos sitios, se nota una cierta suavidad o blandura, aunque la cubierta de grasa en su mayor parte es más bien firme que blanda. Para determinar su grado de carne, debemos tocar al novillo a lo largo del lomo por los lados y por las espaldas.

Indicaciones especiales de gordura se muestran en la condición del vientre, en la raíz de la lengua y el cuarto trasero, pues un animal bien gordo, siempre demuestra un desarrollo de grasa muy grande en estas partes. Un novillo gordo, tiene un vientre bien cubierto de grasa, los flancos llenos y la raíz de la lengua cuando se toma con la mano, se notará que es gruesa y llena.

Algunos novillos de razas inferiores o de otras características inconvenientes, engordan desigualmente. En estas condiciones se forman pelotas de grasa en puntos tales, como en la raíz de la cola, a lo largo de las costillas y cerca de los riñones. No a todos los compradores agrada esta clase de gordura y también desagrada a los ganaderos cuyo objeto es llevar al mercado animales gordos de tipo, condición y calidad uniforme.

Pioneer.

MODOS DE COMBATIR LA ORUGA DEL ALGODONERO

El momento en que la oruga ocasiona daños al algodonero, es cuando está en estado de larva o gusano, pues en este estado necesita comer para desarrollarse. Se alimenta de las hojas de las plantas. Si se las deja cuando éstas faltan, comen hasta los capullos.

Generalmente se nota la aparición de la oruga cuando el algodonero ha terminado su ciclo vegetativo y empieza a florecer y a formar los capullos; pero muy comúnmente suele ya haber invasión en el primer mes de la siembra, lo que ocasiona la pérdida total de las plantitas, pues siendo tiernas son pronto devoradas, resultando ineficaces los remedios porque el poder de éstos ocasionaría la mayor parte de las veces la muerte de las pequeñas plantitas.

Aparece, por lo general, en febrero y marzo, pero hay ya desde octubre en muchos años. La humedad con temperatura templada favorece su desarrollo.

La destrucción en estado de mariposa es algo problemático, pues el único sistema usado consiste en faroles colocados en el centro de una palangana llena de agua con un poco de kerosene. Siendo las mariposas atraídas por la luz, caen en la fuente y se ahogan. Con este sistema se destruyen muchas, pero para que sea eficaz sería necesario que todos los cultivadores lo practicaran, pues como la mariposa es arrastrada por el viento, a pesar de haberla destruído en una chacra, ésta es invadida nuevamente al poco tiempo, llegando de otras chacras infectadas. Se ha notado también que casi siempre lleva la dirección de este a oeste.

Para destruír la larva o gusano se emplea con buen resultado, siempre que sea atacado a tiempo, el arsénico blanco y el verde de París, este último más generalizado, en una proporción de 2 a 5 kilogramos en mil litros de agua. A fin de facilitar la adherencia del veneno sobre las hojas, conviene mezclarlo con un poco de cola de carpintero o melaza.

Un medio muy económico consiste en poner en remojo el día anterior hojas de Tuna (Opuntia), que abundan en las orillas de los montes. Luego en una tina se mezcla este líquido mucilaginoso con el destinado a la pulverización.

La proporción de los componentes citados es susceptible de aumento o disminución, según el estado más o menos adelantado del gusano y la edad de las plantas. Se emplean pulverizadores de varias clases: bombas Sussex a pie o bombas Mochilas, han dado resultados favorables.

Las pulverizaciones acuosas dan buen resultado, pero el sistema de pulverización en seco (norteamericano) es lo más alentador y es el único que se practica en la Estación Experimental de Benítez. Consiste en la distribución del verde de París en polvo, ya sea puro o mejor mezclado con harina, por medio de dos bolsitas hechas de una tela rala que permita se escape el polvo mediante el movimiento que imprima el peón de a pie o con el trote de un caballo.

Estas bolsitas son colgadas en la extremidad de un palo que tiene el ancho de línea a línea en que se ha sembrado el algodón. Con este aparato se pueden pulverizar dos líneas a la vez, empleando dos horas de tiempo, con un gasto de dos kilogramos de verde de París por hectárea si es que se emplea solo, o un kilogramo si es mezclado con harina. Para tener buen éxito es conveniente efectuar esta operación de mañana, mientras haya rocío a fin de facilitar la mayor adherencia del polvo a las hojas.

Este sistema es rápido y ahorra principalmente el acarreo de agua, empleo de personal y tiempo, que exigen las pulverizaciones acuosas.

Estas son las plagas que hasta la fecha invaden los algodonales del Chaco y que son fácilmente combatidas. Se aminoran los daños casi totalmente, cuando el algodonal se conserva limpio de toda maleza.

LOS SAPOS

Los sapos de una quinta deberían entrar en el inventario. "Un sapo produce por año un valor de 19 a 20 pesos oro en razón de los bichos cortadores que se traga", asegura el profesor Eckert, de la estación experimental de Kansas. Los sapos devoran una cantidad considerable de insectos dañinos. Las huertas son sus parajes favoritos y es allí donde son más útiles. En Francia y en Estados Unidos se venden sapos para las huertas. Aquí se matan; y, sin embargo, no comen nada que tenga valor para el agricultor y su apetito para lo que a éste perjudica no tiene límites.

RENDIMIENTO DEL PERAL

Los perales dan fruto hasta una edad mucho más avanzada que los manzanos. Se conocen perales que han estado dando peras trescientos años seguidos; un manzano rara vez dura más de cien años, aunque se han conocido casos de árboles que daban manzanas a los ciento cincuenta años.

AVICOLA



—¿Cuánto vale su pavo?
—Veinte francos.
—¡Veinte francos!
—Pero tenga en cuenta que esta mañana se tragó una moneda de cinco francos.

Notas femeninas



Hemos entrado en el otoño y nuestro clásico Bois de Boulogne, Palermo, se ve favorecido por las mañanas con encantadoras paseantes que lucen las primeras primicias de la estación. Se nota y se presiente que se está por iniciar la vida mundana y se nos presenta de nuevo la eterna cuestión: ¿Qué es lo que se llevará en esta futura estación?

¡Dios mío, queridas lectoras!, por una vez, la moda, mayormente no ha cambiado.

La línea es siempre derecha, flexible y sobria. Son los detalles que únicamente aportan una nota muy diferente de los de años anteriores.

Es verdad, me diréis, que el detalle es el todo en un traje, puesto que un adorno por rico que sea, siendo mal colocado, puede destruir todo el encanto y armonía del conjunto.

Lástima grande, es a mi parecer, uno de los adornos que hace furor en París y que me temo lo tengamos aquí. Se trata del fleco de piel de mono!... Y para las que no podrán darse el lujo del pelo de mono, se les propone el fleco de lana liso o anudado en borlas, ¿Que tal os parece? ¿Encontráis bonita esta fantasía?

¿Os parece verdaderamente agradable, por bonitas que seais, pareceros de golpe a un "pouf" estilo Luis-Felipe, o bien a esos antiguos drapeados de chimeneas, adornados con arracadas? Dudo mucho, francamente, que el fleco encuentre partidarias a montones, como he tenido oportunidad de oir a una linda aturdida, que no veía nada más que la novedad y no lo grotesco, como suelen ser por desgracia la mayoría de las primeras modas que se inician siempre al comienzo de las estaciones.

Hay otra novedad, que a mi parecer es mucho más bonita que las antipáticas hileras de borlas, y es el deshilachado en seda, tono sobre tono. Es de una distinción única, y para que os deis una idea de lo que son estos adornos, colocados en elegantes toilettes, aquí en esta misma crónica encontraréis dos modelos distintos, siendo uno el del centro, hecho en fina sarga color beige. Su hechura es derecha, simplemente apretada por un angosto cinturón que cierra a un costado. Su único adorno consiste en deshilachado que forma fleco en el mismo tono y de un alto de cinco centímetros que suben ligeramente a cada costado.



El otro modelo es en satin negro, con grupitos de frunces en los hombros. Mangas semi-cortas y de forma kimono. Hasta mitad de la falda es adornada con hileras superpuestas de borlas de lana: cinturón drapeado en satin negro. A vosotras, queridas lectoras, os toca hacer la comparación entre los dos modelos que se disputan la palma, como adorno, y decidir cuál de ellos la merece verdaderamente. A vuestro buen criterio dejo la elección.



¡Y el terciopelo no se llevará? Ciertamente que sí, a pesar de los nuevos tejidos tan flexibles como abrigados, el terciopelo triunfará por reunir todos los sufragios. Este año veremos muchísimos trajes de terciopelo adornados con pieles o con bellos bordados hechos con lana blanca. ¡Cuánto queremos a esta suave y bella lana y cómo nos quiere ella a su vez!, y habrá que preguntarse al final, ¿cuál será la más fiel, nosotras o ella? Un adorno blanco en lana sobre una túnica es muy discreto como si temiera importunar. Es a mi parecer de una gran distinción, que rara vez se encuentra.

Encabezando esta página tenemos otra toilette de satin o terciopelo negro. El cuerpo se abre en cuadrado sobre una "guimpe" de voile Ninon, blanco nieve con grandes rosas japonesas bordadas en plata. El "panneau" delantero es independiente de la falda y da vuelta al interior en el bajo. Original cinturón drapeado con caídas dobles, pasando dentro del cinturón a cada costado, con un bordado a cada punta.

Si queréis, para terminar, echaremos una ojeada sobre las mil maravillas para la noche que a diario los grandes maestros de la "ville Lumiere" elaboran para recreo de nuestros ojos.

Por ejemplo, tenéis aquí una adorable toilette que en sí reune finura, elegancia y una suprema distinción. Consiste en un "fourreau" de muselina de seda, color rosa pálido, que se sostiene sobre los hombros como por arte de encantamiento. Un segundo "fourreau" en Chantilly negro, con perlas de azabache abajo, cae encima del primero. El conjunto es muy lindo, pero se podría tachar de ser casi demasiado derecho, si no viniera a ser corregida esta rigidez de línea, por un ancho cinturón de faya rosa, que aprieta algo, pero no demasiado, lo necesario, y viene a anudarse con tal arte, que con razón se supone que el modisto es un artista consumado y el todo una pequeña maravilla.



Las elegantes que llevarán estas bellas toilettes impalpables, amarán arrebujarse dentro de algunas capas de satin, adornadas con lindas pieles forradas con brocado o de un "lamé" resplandeciente.

Tienen mucho chic estas bellas capas, pero para el teatro o reuniones solamente, sobre todo cuando se las puede entreabrir o bien dejarlas resbalarse sobre los hombros con un descuido encantador. Para la calle, la capa toma cierto aire por demás solemne y por esta razón la creo fuera de lugar. Sin embargo, existen ciertos modelos algo cortos que son encantadores y que para la calle son elegantísimos; pero, mis queridas lectoras, me reservo para la próxima crónica y veréis entonces varios modelos que creo os encantarán.

A. de DAUMONT.

Para blanquear los dientes.—

Una buena receta es la que se obtiene con el compuesto siguiente:

Quina roja, 15 gramos; magnesia inglesa, 60 gramos; cochinilla, 11 gramos; alumbre calcinado, 8 gramos; crémor tártaro, 125 gramos; aceite de menta inglés, 5 gramos; aceite de canela, 3 gramos; esencia de ámbar almirelada, 1 gramo.



DE MENDOZA



El interventor nacional, doctor Tomás de Veyga, su esposa, señora Arminda Basail Martínez de Veyga, el ministro del interior, doctor Ramón Gómez, su esposa, señora Rosario Cornet de Gómez y su hija, señorita Rosario Gómez Cornet, el secretario privado del interventor, señor José Evaristo de Veyga, el ministro de hacienda, doctor Luis F. Dellepiane y los señores Ibarra García, conde M. Dick de Mombel, P. Pagniez, Porto Flores, Leonardo Carinau (hijo), Lavignolle, ingeniero Carlos Benoit, Ponce de León y Pascual Martínez, en el Hotel de Villavicencio

Una papa ejemplar



Este producto, cosechado por el señor Antonio Terren, en Olivos, F. C. C. A., demuestra que la especie a que pertenece el tubérculo, se preocupa en adquirir formas más decorosas con que presentarse en sociedad.

ECOS DEL CARNAVAL



Ethel Myrte Ungaro Agesta



Comisión directiva del centro "Los Mirasoles"



Aldeanas noruegas



El "Buque escuela Presidente Sarmiento", navegando por el corso de General Rodríguez, donde obtuvo el primer premio. Delante de la fragata aparece la comparsa bonaerense "Facha Sporca-Cara Sucia"



Justino y María Tina Farini (Moreira y Vicenta)

Talleres heliográficos de Ricardo Radaelli, Paseo Colón, 1266. — Buenos Aires


E. PARODI Y Cía - NUÑEZ 4150
BUENOS AIRES